
LA LUNA MÁS
ROJA
R. Cortés

La luna más roja

R. Cortés

Todos los derechos reservados ®
Queda prohibida su reproducción parcial o total.
® La autora: RLCC
México, octubre 2024
Registro ante INDAUTOR en trámite

Diseño de portada: D. Navarro.
Ajustes: R. Cortés.



Para l@s defensores de la naturaleza. Para l@s amantes de l@s animales... Especialmente de l@s gat@s



Sinopsis

31 de octubre. Halloween. Zayed Abdul, a quien todos llaman el Negro, tiene una presentación musical en una cena gala a beneficio. Es una fiesta elegante, de disfraces y mascaradas, en una hacienda antigua y fastuosa. Carismático, ingenioso, divertido y apuesto, con ese infalible atractivo de facciones árabes que le identifica, Zayed se roba toda la atención femenina. Y, como cada vez que tiene oportunidad, piensa en sacar partido a su encanto para llevarse a una linda chica a la cama (como es costumbre de Zayed). Es entonces cuando una rubia de belleza etérea se atraviesa en su camino y le hace una invitación que no puede rechazar. Fascinado, hipnotizado por aquellos ojos azules y salvajes como una mar embravecida, se deja llevar no del todo seguro de si en esta ocasión es el cazador o la presa.

Novela corta sobre una noche alucinante y aterradora en la disipada vida de Zayed, el Negro Abdul… Brujas, vampiros y nahuales: todo puede suceder cuando, en el cielo nocturno, emerge la luna más roja que hayas visto nunca.

Antes de comenzar

¡Hola! Muchísimas gracias por darme esta oportunidad. Te comento que soy orgullosamente mexicana, así que todas mis novelas están escritas en español mexicano. Y, considerando que la maravillosa lengua hispana tiene diversidad de variedades dialectales, a lo largo del texto agrego notas y apuntes en caso de que requieras explicación o contexto adicional; o para atribuir el crédito de alguna canción o libro que refiero; pero si no es información que te interese, puedes seguir sin problema…

Gracias de nuevo y, ¡disfruta!



La invitación

El evento se celebra en una hacienda majestuosa, que data de principios del siglo XX, y que se ubica muy cerca de la playa, lo que nos regala un clima delicioso. Incluso se percibe el inconfundible aroma a mar, cuyo oleaje se escucha a lo lejos. La brisa fresca se cierne sobre los invitados y acaricia la piel. Casi puedes paladear el sabor a sal. Es una noche muy agradable. La luna se impone alta, inmensa, redonda y nos ilumina con el singular esplendor de un halo dorado.

31 de octubre. Fiesta de Halloween. Los ricos de la ciudad acuden al evento a gastar su dinero y aprovechan para disfrazarse con indumentarias extravagantes y ostentosas. El estilo depende de los gustos, claro está. Pero en todos los casos, los invitados despliegan opulencia, aunque también *agarran jarra*, se emborrachan, disfrutan la velada y se sueltan el pelo divertidos con sus amigos; mientras otros tantos aprovechan para ligar. Cosa que aplaudo, la verdad. La vida diaria es muy estresante como para preocuparse demasiado, y este tipo de actividades sirven para el relajamiento del cuerpo y del espíritu. ¡Salud por eso!

La decoración de la hacienda busca crear un ambiente espectral, y creo que lo consigue pues luce estremecedora con sus farolas altas, la iluminación en rojo, velos negros y telarañas artificiales que cuelgan de los techos; candelabros dorados sobre las mesas de manteles largos; cirios encendidos y rosas oscuras, todo lo cual genera un aura de ultratumba y mete miedo al espectador, y bastante. Claro que es el objetivo de una celebración de Halloween. Aunque en México le decimos día de los muertos. Pero más allá de los disfraces costosos y rebuscados, la inmensa construcción con sus paredes antiguas de mampostería y sus muros altos tan llenos de historia, impone mucho por sí misma, y da la impresión de que en algún momento vas a encontrarte con un fantasma de la época de la Colonia. No obstante, aquí todos son humanos disfrazados, alegres y bastante pasados de alcohol, o de alguna que otra droga (y quizás hasta de viagra).

Aunque hubo un asistente que me hizo dudar. Es un tipo enorme, vestido de hombre lobo, que mide como dos metros y está bien *mamado* (lo que sea de cada quien). Pinches brazotes marcados, sus piernas largas y musculosas, pecho descubierto bien trabajado; y además tiene tatuajes plateados en la zona que no cubre el vello de lobo. Parecen runas celtas o una madre así. Y apenas habla el güey, sólo mira alrededor, como si supervisara para mantener el orden (quizás hasta es parte show, y yo aquí haciéndome ideas pendejas).

De resto todos parecen bastante normales, y beben y se divierten a gusto con las presentaciones musicales y la intervención del DJ. Mención aparte merecen las mujeres. Están regias; súper producidas, pero bellísimas: rubias, morenas, pelirrojas; delgadas, rellenitas, altas, bajitas. Hay abundante variedad, pero todas están guapísimas. Algunas más que otras. No

obstante, sí que están arrebatadoras. Hay diablitas con vestidos cortos y sexys; policías con quepís coquetos, blusitas que dejan entrever los senos abultados y shortitos muy reveladores; enfermeras con batitas cortas y entalladas (a estas alturas del partido ya no sé cuántas nalgas he visto; pero vaya que he visto carne esta noche). También hay otras más recatadas y tradicionales disfrazadas de catrinas, con las caras coloridas pintadas de flores; alguna llorona fantasmal, con un vestido de novia desgarrado; una Xtabay[1] con un huipil precioso, de bordado enrevesado, y así… En toda la edificación te encuentras ataviados y enmascarados de cualquier cosa que se te ocurra.

Sin embargo, yo me resistí a disfrazarme. Y pese a que igual soy parte del show, en realidad también soy otro invitado, pero eso de vestirme con un atuendo fantasmagórico no va conmigo. Así que me limité a portar unos jeans, unas botas vaqueras y una camisa de mezclilla que, en conjunto, me queda bastante bien. Mi look tuvo hasta la aprobación de Demi Moore (sí, como la ex de Bruce Willis), mi preciosa gata blanquinegra de ojos dorados, que me observaba atenta mientras me vestía. Le puse Demi Moore porque la primera vez que la vi, al contemplar sus ojos tan divinos, me recordó a los de esa hermosa actriz de la que era yo fan en mi adolescencia. Cuando conocí a mi gatita, experimenté el amor a primera vista, quedé prendado de su ternura y de su belleza... La vi sola y desvalida, así que la cargué, la abracé y la llevé conmigo, cautivado por el encanto de ese par de luceros que tiene en la mirada. La adopté al momento y la bauticé.

Demi Moore y yo tenemos una rutina bien establecida y muy buena comunicación… Aunque, curiosamente, hoy estuvo un poco más melosa de lo habitual: encimosa y cariñosa como nunca. Aferrada a mí, se untaba a mis piernas y hacía gestos para que la cargara, como si quisiera evitar que acudiera al evento de esta noche. Durante un momento pareció que me miraba con toda su concentración, clavando en mis ojos sus enormes pupilas doradas, resplandecientes como el fuego, enviándome un mensaje en silencio: *no vayas, quédate conmigo. Esta noche no salgas, quédate, Negrito.*

No es la primera, ni la segunda, ni la tercera ocasión que siento que Demi Moore me habla. Y a veces hasta le hago caso. No sé por qué, pero la escucho. Cualquiera dirá que estoy loco por pensar y actuar así, pero fue cosa de adoptarla y convivir con ella para entender a esos *catlovers* que aman a sus gatos con locura y devoción. Nunca había sido fan de los gatos, soy más bien de perros; pero bastó con conocer a Demi Moore para enamorarme de ella como un idiota. Soy su fiel y más humilde servidor. Es mi gata de compañía... Y casi diría que es mi amiga. Y contrario a lo que creí en un principio, le gusta viajar conmigo a donde sea que voy, así que la llevo y traigo a todas partes.

Demi Moore es una mascota dulce y encantadora, distinta de cómo suelen ser muchos felinos, pero es celosa en extremo. Mucho, muy celosa… Claro que, por otro lado, tampoco es que yo colabore mucho. Siempre me ha ido bien con las chicas, y Demi Moore se molesta cada vez que llevo a alguna mujer a la casa (que es bastante frecuente). Para empeorar el asunto, a duras penas repite la misma dama, por lo que prácticamente vivimos en una pasarela. Y ese es mi día a día, la verdad. No soy el más guapo, ni el más carita, pero tengo *verbo* y sé que resulto atractivo para el género opuesto, por lo que nunca me falta compañía femenina por las noches… Aunque también he recibido ofertas de mi mismo género, las cuales he declinado respetuosamente. No es mi rollo para nada. Soy un amante de la belleza femenina en todas sus formas. Toditas. Como esa canción ranchera, de *Yo soy el aventurero*:

Yo soy el aventurero,

el mundo me importa poco.

Cuando una mujer me gusta,

me gusta a pesar de todo…

Me gustan las altas y las chaparritas.

Las flacas, las gordas y las chiquititas.

Solteras y viudas

y divorciaditas.

Me encantan las chatas de cara bonitas…

Yo soy el aventurero,

y a mis suegras les respondo:

si me traen a sus hijitas, me las cuidan…

¡O no respondo![2]

Y sí, para qué más que la verdad: me encantan las mujeres, y diría que son mi talón de Aquiles. Mi debilidad favorita. Si la chica me gusta y da chance, no la dejo pasar. Mi nombre es Zayed Abdul, pero todos me dicen el Negro. Para algunos sería un mote ofensivo, especialmente para estas nuevas generaciones que lo cuestionan y se ofenden por todo; pero a mí no me molesta para nada. Al contrario, me distingue. A González Iñárritu, el director de cine mexicano, le dicen igual. Aunque en mi caso es por mi piel apiñonada, mis cejas tupidas, mi cabello oscuro y, claro está, por mi ascendencia árabe que se nota en cada rasgo de mi rostro. Mi abuelo nació en Arabia Saudita, y, por motivos que a la fecha desconozco, se vino a vivir al sur de México.

Me quedé con el nombre, el apellido, y heredé un nuevo apodo. De niño viajé a la patria

de mi abuelo, pero nada más. De pies a cabeza y en el fondo de mi corazón, soy mexicano de hueso colorado. Canto orgulloso el himno nacional, le voy a la selección tricolor en cada Mundial de fútbol, y cuando pelea el Canelo Álvarez, acudo a mi bar de confianza, en compañía de los cuates, y disfruto del enfrentamiento de box, cerveza en mano, mostrándole mi apoyo al campeón. Sin embargo, algunas frases en árabe sí que las conozco: sé más que unas frases. De hecho me defiendo bastante bien en el idioma. Sirven para conquistar chicas… No obstante, por lo que alcanzo a mirar, esta noche no será necesario hacer un despliegue de mis conocimientos sobre la cultura musulmana, pues noto las miradas femeninas sobre mí, y ya estoy evaluando el material para ver a quién (o a quiénes) me llevaré a la cama.

De hecho varias muchachas ya se han acercado a mí con toda coquetería para pedirme una selfie y el número de teléfono. A la selfie accedí. A lo del número, quizás después. Todo depende del giro que tome la noche… Y la madrugada. Conmigo es hasta que cante el gallo, o hasta que salga el sol… O lo que pase primero. Y cuando digo pasar la noche, en serio me refiero a la noche: descansar un rato entre encuentro y encuentro; pero jamás para dormir largo y tendido.

Soy músico profesional. Participo en este evento por una cuestión de voluntariado. No me pagan, así que no lo hago por dinero. Tampoco lo necesito. No requiero dar conciertos privados para mantenerme económicamente, pues poseo un muy buen capital que me permite llevar una vida holgada. De hecho, tengo dos bares de mucho éxito y una cadena de tiendas de instrumentos musicales y electrónica en tres estados del sureste. A mis treinta y ocho años soy un músico renombrado, y me contratan distintos cantantes para sus presentaciones en giras internacionales, en las que funjo como guitarrista principal o de acompañamiento, dependiendo del caso. Trabajo, sobre todo, con Mauricio De La Fuente[3], “el hijo del pueblo”, el gran compositor mexicano, que no sólo es mi amigo, sino también mi colega, y con quien hago mancuerna de manera regular para los shows. Pero esta noche vengo solo a presentarme por motivos que no tienen nada que ver con el dinero. Pues, como decía otro camarada músico: *al chile, lo mío, lo mío, es la vanidad*. Confirmo. Y como los del evento ofrecían escenario en condiciones, sonido chingón y buen público, además de una noble causa, pues desde luego que me sumé.

Para la cena gala de esta noche fui invitado por Amy Durand y Victoria Balam[4] (dos empresarias mega millonarias de Yucatán). Es uno de los eventos de beneficencia que hacen con regularidad para obtener recursos a fin de otorgar becas estudiantiles y no sé qué otras chingaderas. Me alegré mucho cuando me contactó Patty, en representación de ambas, para que fuera el músico principal. Patty es una vieja amiga de los tres, y no dudé ni por un minuto en aceptar la invitación, pues la conozco: es profesional y dedicada. No obstante, más allá de la

buena causa, y de encontrar lo que es habitual en este tipo de fiestas (salón elegante, gente con dinero, ropa cara, vino sobrevalorado y cena deliciosa), otro de los incentivos que me hizo participar, fueron las mujeres… *Chingo a mi madre si esta noche no me voy con una nena*.

Lo cierto es que en este tipo de eventos es bastante común encontrar material de alto nivel: mujeres dispuestas a pasar un buen rato con este humilde servidor, sin más compromiso que el placer mutuo. Y siempre resultan muy bien complacidas de la atención proporcionada por este colega. Diga lo que diga mi compadre Mauricio, he cogido más que él y seguramente soy mejor amante. O sea, a la fecha ha habido muy, pero muy pocas mujeres que me hayan gustado y no hayan aceptado estar conmigo, la verdad. Ninguna se resiste, salvo excepciones muy extraordinarias… Así que, en resumen, aparte de la oportunidad de lucirme con mi talento musical, y de disfrutar una buena velada, la cacería de chicas es el principal motivo que me trae aquí.

- ¡Y con ustedes, el único, el maravilloso Negro Abdul – me presenta el maestro de ceremonias y subo al escenario, donde ya me esperan la guitarra y mis músicos. Todos listos para acompañarme y ofrecer un espectáculo de alta calidad.

De acuerdo con lo que ensayamos desde hace un par de semanas, los integrantes de la banda (todos disfrazados, o caracterizados de algún personaje de ultratumba) y yo interpretamos canciones de los ochenta y noventa. Cantamos *Las mil y una noches*, de Flans; *Claridad*, de Menudo; *Tu amante bandido*, de Miguel Bosé; *Baño de mujeres*, de Mijares, y otras tantas. Ofrecemos un muy buen show que complace al público, el cual no deja de cantar con nosotros. Aplauden de pie con cada número y vitorean. Especialmente cuando cerramos nuestra última intervención con *Será que no me amas*, el famosísimo cover de Luis Miguel:

No culpes a la noche

No culpes a la playa

No culpes a la lluvia

¿Será que no me amas?[5]

Cuando terminamos esta última canción, dejo la guitarra sobre el atril, saludo a la audiencia y me despido de la banda. Una de las chicas del coro (muy joven, guapa y escultural) aprovecha la ocasión para abrazarse a mí, y darme un beso en la comisura de los labios, en una abierta insinuación sexual. Obvio que yo me dejo hacer, y como no es alguien a quien yo frecuente demasiado, quizás acepte la clara invitación que me hace. No sé: la noche aún es joven, y me falta evaluar la abundante oferta que proporciona este tipo de acontecimientos.

- ¡Estuviste estupendo! – señala Patty cuando bajo del escenario.

Me tiende los brazos, y también la rodeo con los míos. Es muy guapa. Morena, de cabello entre rojo y dorado. Nos conocemos hace varios años y, aunque hemos coqueteado históricamente, nunca hemos llegado a más. Tenemos demasiados amigos en común, y esos rollos de una noche luego terminan mal y resultan incómodos para personas que se encuentran con frecuencia, como es nuestro caso. Lo sé y ella también lo sabe. Así que jamás hemos intentado realmente nada. No obstante, no me resisto a deleitarme con su belleza, con el calor de su piel dorada, con su silueta voluptuosa, verdaderamente extraordinaria para una mujer que pasa de los cuarenta, y que luce un vestido que se pliega a cada curva de su seductora anatomía.

- Estupenda tú, Patty. Estás preciosa – le digo zalamero, para qué más que la verdad. Me gusta endulzar el oído a las chicas.

- Eres un barbero, Negro… Oye, te esperamos en mi mesa. No te vayas a ir sin despedirte de nosotras, por favor. Ya sabes que a Victoria y a Amy les encanta escucharte y saludarte. Son tus fans – acota entornando los ojos al referirse a sus amigas.

- Por supuesto, nada más paso al baño y me voy con ustedes – respondo y le guiño un ojo, lo cual le hace ruborizarse.

Me doy la vuelta y atravieso la explanada de pasto donde se realiza el evento. Esquivo las elegantes mesas de manteles largos mientras voy saludando a amigos y fans que me detienen para tomarse una selfie conmigo. Obvio que acepto y que poso sonriente con cada uno. También para eso vine: para departir con los allegados y para publicidad, claro está. Nada como las redes sociales para difundir el trabajo de uno.

Cuando ya me aproximo a la zona de los baños, una chica morena, guapa, sexy, con un vestidito azul, sin otro disfraz que una tiara en la cabeza, se aproxima a mí con los brazos abiertos, para saludarme con un gesto familiar, coqueteándome.

- ¡Zayed! – dice mi nombre, lo cual es sumamente extraño de oír. Todos me dicen el Negro.

- Ho… Hola – saludo a la mujer que me rodea con sus brazos y me da un beso en los labios. Y aunque me sorprende un poco su atrevimiento, me dejo llevar y asiento las manos sobre sus caderas, trayéndola hacia mí. ¿A quién que le dan pan que llore? Sobre todo con una muñeca como ésta… Ojalá supiera yo quién chingados es y cómo se llama. Porque estoy seguro de que me va a salir con el típico…

- ¿A poco no te acuerdas de mí? – inquiere cuando se despega de mis labios, luego de ese beso prometedor, que resultó demasiado corto para mi gusto, quiero más. Y sí, la nena preguntó justo lo que veía venir. Y no, ni madres, no me acuerdo de ella para nada, pero improvisaré.

- Por supuesto, preciosa. Si eres inolvidable – contesto y la vuelvo a traer hacia mí para comerle la boca a besos, a lo que ella accede.

Le dije *preciosa*, justo como llama Joaquín Sabina a todas las chicas. Sabina, el gran cantautor español. Que para piroperos a ese güey no hay quien le gane: *muñeca*, *princesa*, *reina*... Las llama preciosas a todas no sé si para salirse del paso (como este servidor), o para ganarse a las damas, a quienes encanta ser halagadas (técnica que también emplea este servidor). Soy fan de ese tipo, neta. Tengo mi colección de frases favoritas de sus canciones:

De *Peor para el sol*

No me gusta invertir en quimeras.

Me han traído hasta aquí tus caderas,

no tu corazón…[6]

De *19 días y 500 noches*

Me dejó el corazón en los

huesos y yo de rodillas.

Desde el taxi y haciendo un

exceso le tiré dos besos.

Uno por mejilla.[7]

De *Medias negras*

¿Qué hacemos con la ropa?

Preguntó.

Y yo que nunca tuve más religión

que un cuerpo de mujer.

Del cuello de una nube

aquella madrugada me colgué.[8]

Y mientras me pierdo en el manjar de esa boca deliciosa, ella desliza la mano desde mi pecho hacia mi región pélvica y estruja mi virilidad con precisión, con *expertise*, demostrando que sabe dónde tocar y cómo. Mandándome un mensaje en extremo claro... Es cuando me detengo. Me aparto de ella y observo su cara tan bonita. Y entonces recuerdo.

- ¡Maricruz! – exclamo. ¡Pinche vieja! Estuvimos juntos luego de alguna fiesta como ésta meses atrás. Rollito de una noche, sin mayor compromiso. Pero recuerdo que hacía unas artes

con las manos y la boca, que te mueres… Y es vaquera. Le gusta montar y llevar el control. Es muy exigente. Y ésa sí que no me dejó dormir ni un ratito. Me dejó agotado, pero contento.

- Si ya decía yo que no te acordabas de mí – aclara y retira la mano de entre mis piernas, a Dios gracias, pues mi soldadito ya estaba firme y listo para entrar en acción. Lo cual no podía ocurrir aquí y ahora básicamente porque estamos en los pasillos junto a los sanitarios, y hay demasiada gente alrededor viendo cada cosa que hacemos.

- Imposible olvidarte, muñeca – sentencio. Y sí, *muñeca*, otro piropo de Sabina.

- Entonces… ¿Iremos a tu casa o a la mía?... O a alguno de los moteles de la zona. Hay algunos bonitos – comenta con una sonrisa que es completa y absolutamente sexual. Y yo siento dolor en la entrepierna de tan excitado que estoy.

Valoro la pregunta que me hace. Por supuesto que la voy a llevar a la cama, pero estamos lejos de Mérida, donde tengo la casa. La hacienda está cerca de Telchac Puerto. Mauricio y su esposa tienen casa en esa playa, y me iba a quedar a dormir ahí esta noche, siempre y cuando fuera solo. No me puedo llevar a esta nena conmigo. Por lo que ese plan queda descartado.

- Creo que no nos va a dar tiempo de llegar a la ciudad, supongo que uno de esos moteles tan bonitos nos vendrá bien – le digo igualmente sonriente –… Pero antes tengo que ir al baño.

Ella asiente en silencio, satisfecha con la victoria. Es cierto que soy un hombre débil a la carne, un admirador de la belleza femenina en todas sus formas, tamaños y colores; pero tampoco soy presa fácil. Esta misma noche he recibido al menos cinco invitaciones para tener sexo sin ataduras con alguna mujer bella y escultural. Y, si seguía de largo, seguramente hubiera pasado de la decena. Pero ahora mismo no sólo no tengo ánimos de buscar más, si no que al recordar el calor de la lengua deliciosa y los labios expertos de Maricruz oprimiéndome, me queda clarísimo que es la vencedora indiscutible de la contienda. No quiero parecer presumido, pero varias damitas estaban pendientes de mí, esperando alguna oportunidad… Y Maricruz acaba de ganar por *knockout*.

- ¿Te veo en el pasillo de las luminarias, junto al estacionamiento? – pregunta seductora, sonriente, levantando la ceja.

- Sí. Claro que sí. Pero dame un momento… Nos vemos en diez minutos. Es que también tengo que despedirme de las organizadoras antes de irme. No quiero ser descortés, pero allá nos vemos – añado haciéndole un guiño y acaricio su mejilla con mi dedo pulgar.

- Por supuesto – concuerda y vuelve a besarme los labios, introduciéndome la lengua, y yo me pongo a mil –. Te estaré esperando.

Se da vuelta y yo la miro marcharse, perdido en el compás de sus caderas que se

bambolean de un lado al otro. *¿Cómo chingados me fui a olvidar de la Maricruz? Si se le dan muy bien estas cosas… Creo que esta vez le voy a pedir el número del teléfono,* pienso para luego darme la vuelta hacia la zona de los baños.

Cuando salgo del receptáculo, paso al tocador a lavarme las manos y la cara. No sudé demasiado, pero siento algo de bochorno, y me viene bien refrescarme el rostro, que miro de un lado al otro estudiando los ángulos. Observo mi tez cobriza, mis cejas tupidas, mis ojos negros, la nariz recta, la boca mediana y la barba en candado que cuido escrupulosamente. Estoy encantado de haberme conocido. La neta.

Me ajusto la camisa, abandono la zona y voy de regreso al pasillo a buscar la mesa de Patty para despedirme cordialmente de ella y sus amigas, las organizadoras de la cena-gala. Y justo estoy con esa misión en la cabeza, cuando una llamarada rubia se atraviesa en mi camino. Es una chica de piel muy blanca y cabello dorado, largo, brillante, que ondea con el aire y, por un momento, me parece mágico… Etéreo. Lleva un hermoso vestido halter, en satén rojo, que cae con gracia en cada curva de su figura perfecta. El escote, sobre el que pende un collar de perlas resplandecientes, deja ver un cuello largo y delgado, unas clavículas marcadas y seductoras, pero sobre todo unos senos grandes y turgentes. Por la abertura del vestido asoma una de sus piernas formidables, tan torneadas que parecen esculpidas por el mejor de los artistas. En la cara tiene un antifaz color granate, escarchado, el cual se retira en un movimiento conforme camina hacia mí. Y entonces distingo sus gloriosos ojos azules, su nariz recta, y esa boca sexy, de labios rojos y carnosos.

Y la debes estar mirando con cara de idiota. Seguro pareces enfermo, güey. ¡Reacciona!, me reprendo cuando veo la sonrisa de satisfacción que pone la mujer al reconocer la forma en que la admiro tan descaradamente.

- Zayed Abdul erres un músico extrrraorrdinarrio… Es un honorrr parrra mí. Te escuché esta noche por primerrra vez en mi vida. Me sentí seducida porrr tu voz y esa forrrma demencial con que tocas la guitarrra. Errres todo un virtuoso – dice con un marcado acento extranjero mientras se acerca lentamente a mí, rompiendo la distancia entre nosotros. Y percibo que hasta su forma de caminar es fuera de este mundo, pues la mujer parece deslizarse sobre el piso.

- Emmm… Yo… Mu… Mucho gusto… – digo seguramente con cara de imbécil. La misma que han de poner todos los hombres cuando la conocen.

Ella se aproxima y noto que es realmente alta, pues me alcanza sin problema, y no soy un enano. Mido poco más de 1.80, y eso ya es decir bastante. En un movimiento absolutamente inesperado, la mujer sujeta mi mano, y no puedo evitar un ligero estremecimiento al estrechar la suya, que entonces me parece fría. Glacial. Demasiado para el clima que hace. Pero no tengo más

tiempo para meditar sobre eso pues a continuación lleva ambas manos a mi rostro y me atrae hacía sí, para besarme. Y, presa de una excitación que jamás en la vida había sentido (y conste que Maricruz ya me tenía bien preparado), no logro ni poner resistencia, ni pensar, ni hacer otra cosa más que dejarme arrastrar por el frenesí de esa boca mordelona y demandante. Su lengua se abre paso entre mi cavidad y me explora. Y yo le permito hacer, encantado con cada una de las sensaciones que me invaden al sentir su sabor tan distinto al de cualquiera de las otras mujeres que hubiera probado. Dirige sus manos a mi nuca y luego tira de mi cabello hacia atrás. Rompe el beso y lleva la nariz a mi cuello, frotando la punta por mi piel, recorriéndolo de inicio a fin para… ¿Olfatearme?

- ¡Ah!... ¡Deliciossso!... ¡Exquisittto! – exclama, excitada, con esa curva melódica como de Europa del Este. Y a mí ya me duele la entrepierna sólo de sentir aquella caricia tan erótica.

Luego, sin soltarme por un minuto, busca contacto visual. Y yo miro sus ojos azules, intensos, profundos, vehementes… Y entonces recuerdo el poema… Ese antiguo poema que estudiábamos en la preparatoria:

¿Y qué es poesía?, dices mientras clavas

en mi pupila tu pupila azul.

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía eres tú.

Gustavo Adolfo Bécquer… ¡Chingada madre! ¿Qué puto rollo me traigo esta noche con los españoles?

- ¡Oh, Zayed! ¡Qué herrrmoso!… Me siento rrrealmente halagada – comenta como si se hubiera metido en mi cabeza, como si pudiera escuchar mis pensamientos. Como si el poema que se figuró en mi interior se hubiera materializado acústicamente sólo para sus oídos. *¿Qué chingados?*

- Emmm… Yo… Ho… Hola, soy Zayed… Pero todos me dicen el Negro – respondo nervioso y súper descolocado como nunca en mi vida. Creo que jamás me había sentido tan intimidado por una mujer… Digo, tampoco es como que todos los días una especie de réplica de Nicole Kidman joven venga y te bese de buenas a primeras, y sin siquiera haberse presentado… Que, ya bien visto, ¿qué pedo con las viejas de esta noche? ¿Hoy piensan que todas pueden venir a abordarme, fajarme y besuquearme así como así? ¿Pues qué chingados soy?

- Todos te dicen el Negro… Como esa canción de la *Llorona*. Qué poético… Y, por otro lado, qué trrristeza que te llamen así… Tan bello que es tu nombrrre. Zayed significa prosperrridad y abundancia en árrrabe… Y tu apellido es aún más bonito: Abdul, serrrvidor de

Dios… Quizás esa vena lírrrica se la debas a tus rrraíces musulmanas, herrrmoso Zayed – pronuncia con voz grave y seductora. Y yo me excito aún más al escuchar su acento lejano, entre húngaro y ucraniano; sobre todo con esa manera tan marcada como pronuncia la erre.

No dejo de pensar en el hechizo mágico de sus ojos azules, cristalinos como dos espejos de agua… *Y en que nunca antes nadie te llamó hermoso, güey. Y fuera de tu familia, tampoco nadie sabe el significado de tu nombre. No mames, qué onda con esta mujer*.

- Tienes razón, perrrdóname… ¿Dónde están mis modales? – comenta y mi mandíbula cae al piso. Siento escalofríos en la espina dorsal. En serio parece estar leyendo mis pensamientos. *No mames, no mames, no mames*.

- Eh, eh… Yo – comento cagado de susto y a punto de huir corriendo hecho la madre como el pinche Forrest Gump. Muy bella la güera ésta, pero el asunto ya se puso medio extraño.

- No, carrriño. No tienes porrr qué temerrr. Sólo soy muy intuitiva… Y tú errres muy exprrresivo. Soy Nora. Me mudé recientemente a este lugarrr tan paradisiaco… Y creo que de las sorrrpresas más agrrrables que me he llevado de tu tierra, ha sido conocerrrte, Zayed – añade siempre con ese tono bajo, claramente sexual, que me despierta mil sensaciones de placer.

Otra vez me clava los ojos y yo me pierdo en el brillo intenso de su mirada azul… Azul como un cielo indomable y tormentoso. El azul más bello de todos los azules, y el más aterrador e impositivo que haya visto. No sé lo que tienen sus ojos, no sé qué poder magnético tiene su mirada sobre mí, pero siento una fuerza de atracción irrefrenable; siento que nada más importa en este mundo. Nada ni nadie más, sólo ella… Nora.

- Entonces, ¿nos vamos? – pregunta enlazando su brazo al mío.

- Sssí… Por supuesto – respondo sin pensar en otra cosa más que en su expresión hipnótica que me hace caer rendido a sus pies, ajeno a mi propia voluntad.

Un sitio muy especial

No sé explicarlo con palabras, pero al perderme en la profundidad de sus ojos, en el encanto de su voz sedosa, tengo la sensación de que mi única razón de existir en este mundo es obedecerla. A ella. Sólo a ella. A Nora, con su belleza ignota, con su acento lejano e inusual que seduce mis oídos, y al que no pongo la menor resistencia.

Sin soltarme del brazo atravesamos la hacienda cuan larga es y me conduce hacia la salida, y a lo lejos contemplo a una asombrada Patty que mira incrédula cómo me voy acompañado por una completa desconocida. Luego están algunos otros amigos que me sonríen pícaros y que hasta levantan el pulgar, en señal de aprobación, celebrando mi cacería de esta noche: una rubia de ensueño como no había visto jamás en la vida (aunque creo que realmente el cazado fui yo; la cazadora es ella, y yo soy más bien el botín).

Salimos del edificio en dirección a la zona del estacionamiento y, durante todo el trayecto, es como si una bruma invisible nos envolviera y obligara a todos a hacerse a un lado y abrirnos paso, pues cuando camina conmigo ya nada ni nadie nos interrumpe. A diferencia de lo que ocurre cuando avanzo solo por la estancia, pues usualmente mis amigos y fans me atropellan un poco para saludarme. Pero eso no sucede con Nora a mi lado. De hecho me parece que también responden con fascinación a su implacable belleza.

Y entonces llegamos al estacionamiento. Descubro la figura curvilínea de Maricruz que, con su sexy vestidito azul, me espera bajo una farola, tal como acordamos. Al descubrirme y entablar contacto visual sonríe, pero luego se percata de la situación y desvía los ojos hacia Nora. Y ahí me entra un poco la duda. Recuerdo que tenía un compromiso con Maricruz… Uno que me iba a llenar de placer y satisfacción; pero en cambio estoy del brazo con esta divinidad rubia tan distinta, pero Maricruz también es muy bella y…

- No experimentarrrás con ninguna otrrra mujer lo que vivirrrás conmigo esta noche, mi pequeño cervatillo. ¿No te lo había dicho? Tienes los ojos negros y grandes como los de un pequeño cierrrvo – me dice mientras nos adentramos al estacionamiento, y me olvido por completo de Maricruz.

- ¡Zayed! – escucho mi nombre y me detengo al reconocer la voz de la chica… *No, cabrón. No puedes hacer eso, Negro. Eres un caballero. No puedes irte así como así, sin siquiera darle la cara. No eres un cobarde*, pienso y me detengo de súbito. Es la primera vez desde que vi a Nora que logro presentar un mínimo de combate. Clavo los pies al piso y me dispongo a girar cuando…

- Yo me encarrrgo – comenta Nora al percatarse de la oposición de mi cuerpo.

Y yo sólo puedo mirar los acontecimientos como en cámara lenta. Nora se da vuelta y observa a Maricruz que viene hacia nosotros con la clara indignación marcada en el rostro. Casi puedo escuchar las mentadas de madre que se formulan en su cabeza, pero que no pronuncia. En cambio, cuando nos da alcance ya en la zona del estacionamiento, entre los vehículos, lanza una mirada evaluativa a la rubia, y luego me regala una sonrisa burlona, sarcástica.

- Entonces prefieres irte con ella – dice. No es una pregunta, sino un reclamo.

- Yoooo… – consigo balbucear.

- El pobrrre Zayed olvidó que tenía una cita antes conmigo, querrrida; pero no pasarrrás la noche sola. Eres una hermosa mujer y hay varrrios hombres esperando porrr ti… Incluso quizás mejor que éste. Todo es cuestión de probarrr… No pierrrdas el tiempo con este hombre, ya está conmigo. Y ya lo has tenido antes. Sabes cómo es. Y te entiendo por querrrer repetirrr. Zayed es irrresistible… Pero una diosa de piel dorada como tú tiene muchos más hombrrres dispuestos a complacerrrla… Y justo ahí detrrrás de ti hay un chico que no ha dejado de mirrrarte en toda la noche – argumenta Nora con seguridad aplastante, como si tuviera una bola de cristal en la que pudiera verlo todo.

Maricruz la observa y escucha con detenimiento. Sus ojos conectan con los ojos de Nora, y parecen transmitir algún otro mensaje que no soy capaz de leer pues, al instante, la actitud de Maricruz cambia por completo. Pasa de iracunda a… Calmada. Asiente sin mediar más palabra y se da vuelta (sin echarme otro vistazo, como si se hubiera olvidado de mí por completo) para ir por ese otro hombre alto y apuesto que la espera a lo lejos, junto a una de las farolas.

- ¿Ya podemos irnos? – pregunta Nora volviéndome a la realidad. A su realidad, a ella, con sus labios rojos y sensuales.

- Sí… Sí… Estamos cerca de mi auto – añado y caminamos hacia mi *Maverick* de colección. Amo ese maldito coche. Muchos han querido comprarlo, incluso mi cuate Mauricio, pero mi *Maverick* no está en venta. Es uno de mis mayores orgullos. Lo tengo súper cuidado y funciona a la perfección. Nada como el rugido felino de su motor al encender.

Y parece que Nora comparte la misma pasión por los autos vintage pues, durante unos instantes, permanece quieta admirando cada detalle de la unidad, de cada línea perfecta, del brillo de su pintura satinada.

- ¡Vaya! Una reliquia. Rojo sangrrre… ¡Me encanta! – señala y posteriormente abro la puerta para que ocupe el lugar el copiloto.

Rodeo el auto y también abordo. Nos acomodamos en los asientos de cuero negro, originales; nos ponemos los cinturones de seguridad y, entonces, arranco. Y sí, el motor ruge

grave y atemorizante como un jaguar.

- ¿A dónde vamos? – pregunto por decir algo. Mi cerebro deja de funcionar… Ni siquiera sé a dónde podría llevarla. Qué lugar sería digno de una mujer como ésta.

- Oh, sé de un lugarrr que va a fascinarrrte. Queda muy cerca de aquí. Es grrrande y majestuoso. Tanto o más como esta imponente hacienda.

Muevo la cabeza de arriba abajo en señal afirmativa y salimos del estacionamiento. Durante el trayecto me limito a seguir sus indicaciones, mientras escuchamos algunos temas de mi playlist.

Siento el calor de toda tu piel

en mi cuerpo otra vez.

Estrella fugaz, enciende mi sed.

Misteriosa mujer.

Con tu amor sensual, cuánto me das.

Haz que mi sueño sea una verdad.

Dame tu alma hoy, haz el ritual…[9]

En medio de la noche conducimos por cerca de 20 minutos hasta que encontramos una pequeña vereda, y Nora me indica que me adentre en ella. Es una de tantas vereditas que hay por toda la costa de Yucatán, de mi México lindo y querido. Nunca sabes a qué sorpresa paradisiaca te puedan llevar. Hacemos el trayecto sobre un camino poco iluminado, entre palmeras altas y vegetación espesa, que se vuelve cada vez más angosto y empedrado.

En apenas unos instantes encuentro el objetivo final. Una casa que parece gigantesca. Con una señal de Nora me estaciono cerca de la mansión ubicada justo frente a la playa. El coche no llega a más por la densidad de la arena, y las llantas se resisten un poco, así que estaciono a cierta distancia para continuar a pie. Descendemos del auto, y siento el viento marino rozándome la cara. Camino detrás de Nora, pero conforme nos acercamos a la casa, me regocijo con el familiar aroma a salitre, a algas, a mar. A una mar embravecida que parece transmitirme un mensaje que no logro descifrar. La brisa es cada vez más fuerte, más ruidosa y el canto del océano, con su potente oleaje, nos recuerda que es impredecible e indómito.

Sigo a Nora, pero antes de centrarme en el lugar a donde me lleva, levanto la vista hacia el cielo y, entre la noche oscura, observo la luna que hasta antes era blanca, bordeada por un nítido halo dorado, pero que ahora se ha teñido de rojo; de un rojo intenso que me estremece. Creo que es la luna más roja y más impresionante que haya visto jamás en toda mi puta vida. Y

un presentimiento extraño me invade el alma, pero tampoco consigo discernir su significado.

- Es bellísima, ¿no es cierto? La luna de octubrrre. La más sublime… En todas las culturrras tiene un significado especial, es adorrrada en todas partes del mundo por su majestuosidad, y milenarrriamente le han dedicado rituales de protección, de invocación, de sanación… Incluso parrra la ferrrtilidad… Cada luna de octubrrre es divina e irrepetible. Ixchel, la diosa maya asociada a la luna, también es la diosa de la materrrnidad… Y de las catástrrrofes y los malos prrresagios. Algo contradictorio – argumenta reflexiva, y yo me embeleso con sus palabras y con su voz. Es que no sólo es bella y seductora. Sino que apenas hemos intercambiado palabra, pero en cada ocasión habla como si fuera una especie de enciclopedia parlante. Como si hubiera vivido por cientos de años, y por su aspecto físico parece como si estuviera en los treinta, quizás fuera un par de años menor que yo.

Sonríe. Luego, con un movimiento de cabeza, me invita a seguirla. Y lo hago. Mientras camino observo con detenimiento aquella construcción y la aprecio cuán alta es. Custodiada por palmeras descomunales en cuyas cumbres me parece ver el aleteo de murciélagos que chillan y vuelan precipitados, la casa tiene cuatro niveles, con balcones y ventanas inmensas en cada uno. El último piso termina con un tejado en dos aguas y una buhardilla en el centro. En el nivel inferior hay una terraza-zaguán que hace las veces de recibidor y que comunica directamente a la playa, a la arena. Es muy amplia, y tiene varias silletas colocadas para que los visitantes puedan disfrutar de la brisa marina. Hay una serie de farolas de luz amarilla que cuelgan a lo largo del techo, pero que no consiguen iluminar del todo el edificio, que es realmente enorme.

Subimos por las escalinatas a cuyos costados se observan dos colosales columnas de mármol (y no sé por qué, pero yo me figuro que así serían esas legendarias columnas que dice la Biblia que derribó Sansón para cobrar venganza contra los filisteos). Atravesamos el recibidor de ladrillos lustrosos y me quedo fascinado con las enormes puertas de caoba que se abren de par en par sin que Nora hubiera introducido una llave, ni siquiera tocó la superficie. Bastó con extender la mano para que las puertas se abrieran justo a la mitad, como en un acto de magia.

Y aunque debería estar aterrado por un acontecimiento que es claramente sobrenatural, esa necesidad que siento por ir tras de Nora, por tenerla, por reclamar su cuerpo y hacerla mía, me hace continuar sin cuestionarme nada. Absolutamente nada. No me importa no saber quién es, de dónde viene, a qué se dedica; ni por qué sabe tanto sobre tantas cosas… Ni siquiera conozco su apellido. Sólo sé que necesito hundirme en ella y embriagarme en el aroma de su cabello salvaje, que se agita con cada ventisca de esta noche tan extraña.

Entramos por un salón poco iluminado, con muebles barrocos, de madera oscura, brillante, que parecen muy antiguos y bastante caros. Observo los ladrillos de granito que

refulgen con la luz de los candelabros vintage, con ornamentos de cristal, que cuelgan del techo alto. Seguimos adelante y avanzamos hasta llegar frente a otro par de puertas que se abren hacia un patio interior en cuyo final se observa una fuente de piedra aderezada con luces doradas. A lo largo de todo el patio se extiende un césped bien podado, y arbustos de rosas rojas perfectamente cuidadas que bordean la zona.

Destaca una ceiba alta, frondosa e imponente, de tronco grueso, que se yergue en una de las esquinas. Es un tipo de árbol inmenso, de copas amplias y frescas, que por el día da mucha sombra; y que suele ser buen refugio para los murciélagos. Como es el caso, pues he visto a varios revoloteando entre las ramas de esta ceiba prodigiosa, disfrutando el resplandor de la luna roja. Seguimos caminando, y conforme avanzamos noto que toda el área está cercada por habitaciones, con puertas y ventanas individuales, que conectan por un pasillo techado alrededor del perímetro, lo cual se repite en los tres niveles de la casa.

Nora me mira de vez en cuando y me regala una de esas sonrisas cautivadoras. Hay un brillo especial en su mirada. Sus ojos, antes azules, parecen teñirse de rojo. Sus pupilas se dilatan y se impregnan del mismo tono escarlata de esa luna terrorífica que me recibió instantes atrás. Pero el detalle no medra ni un gramo su belleza etérea. Quizás la haga aún más deseable y misteriosa. Me toma de la mano y me conduce por el pasillo hasta que llegamos al final, a lo que creo será una alcoba. Su alcoba. Hacia su cama, donde he querido estar con ella desde que la conocí un par de horas atrás.

Las puertas, otra vez, se abren de manera automática. Entramos a la habitación iluminada apenas por la luz ambarina de unas lámparas de cristal, colocadas a los costados de las paredes. Descubro que, al igual que en el resto de la casa, en esta habitación hay muebles altos con el mismo tipo y diseño de la habitación anterior, siempre de madera oscura: un armario, un tocador, un diván de terciopelo rojo. Las ventanas, altas y largas, están abiertas de par en par, y las cortinas, ligeras, vuelan con el aire.

Sin soltarme, Nora me conduce a la gran protagonista del cuarto: una cama amplia, cubierta de sábanas en satén oscuro. También tiene postes en cada esquina y dosel de gasas negras. Es como si estuviera en una especie de película de época. Todo aquí es una mezcla de siglo XIX y Art Déco.

Poco antes de llegar a la cama, se detiene. Dirige sus manos a mi camisa, que retira con parsimonia y yo me dejo llevar… Es que no puedo hacer otra cosa. Soy como plastilina entre sus manos. Nora puede hacer conmigo lo que quiera, y yo lo aceptaré gustoso, agradecido por la oportunidad de ser tocado por ese ser tan divino. Me acaricia. Repasa los dedos por mi abdomen. Sus ojos se pasean por mi rostro, mi cuello, mi pecho. Me mira como si estuviera evaluándome.

Luego se deshace de mi cinturón, de mis zapatos, y finalmente de mis pantalones y mi ropa interior. Estoy completamente desnudo frente a ella, que mantiene sobre su bello cuerpo ese vestido rojo que contrasta con su piel nívea.

- Tienes un cuerrrpo muy bien trabajo, Zayed – comenta sin dejar de acariciar mi pecho. No contesto nada, pero mentalmente me digo que tiene razón. No soy un matado del gym, pero voy tres o cuatro días por semana para mantenerme en forma, lo cual parece tener el efecto indicado, pues a las chicas les gusta lo que ven cuando me tienen así, como Nora en este preciso instante.

Se separa un poco y, sin cortarse, sin disimular un poco, inspecciona más abajo, hacia mi región sur, en donde estoy más que preparado para entrar en combate y darle placer hasta hacerla gritar. Ella se da cuenta de mi estado de excitación, que es casi doloroso. Sonríe satisfecha, e incluso me parece verla relamerse la boca en un claro gesto de lujuria. La misma que siento ahora, mientras me resisto a su cercanía sin tocarla, al menos no hasta que me dé su autorización. No sé, no soy capaz de siquiera rozarla si no es porque ella me lo ordene. Sin decir una palabra, camina a mi alrededor pausadamente para verme bien. Sí: está analizándome como si fuera una mercancía, un pedazo de carne… Y creo que eso me pone más.

- Con rrrazón las mujeres se sienten tan fascinadas por ti, Zayed… Errres grande… Muy grande y perrrfecto… Más que perrrfecto… Me voy a dar un festín contigo, Zayed Abdul – dice mi nombre muy cerca de mi oído, sin dejar de acariciarme, y yo siento cómo se tensa de excitación cada nervio, cada fibra de mi ser.

Ahora sus manos bajan de mi pecho hacia mi entrepierna, que palpa suavemente, y me parece que voy a morir de la anticipación. Creo que los colores se me suben al rostro. No lo sé muy bien, pero experimento mil sensaciones en este momento. Sobre todo la necesidad de verla desnuda y de poseerla como un endemoniado sobre esa cama tan grande… O de pie junto a la ventana, o en el piso, o en donde chingados se le dé la gana. Como ella quiera, pero que me deje tenerla.

- ¡Oh! ¿Esto es lo que deseas? – dice deshaciendo el lazo detrás de su cuello. El vestido halter cae al piso y ahora soy yo quien pierde el poco raciocinio que me quedaba al contemplar su desnudez, bañada por el halo de la luna roja, cuya luz asoma tímidamente por la ventana.

Contemplo sus pechos rellenos, turgentes; los pezones rojos; la cintura pequeña, las caderas redondas; sus piernas largas, esbeltas. No traía nada debajo aquel vestido. Nada más que esa piel suave y cremosa, que ansío tocar, estrujar… Morder. Se da vuelta en dirección a la cama y contemplo su espalda tersa y su trasero firme, que es aun más hermoso que sus senos tan exquisitos. Gira la cabeza hacia mí.

- Ven, Zayed – indica, y yo no necesito más para ir detrás de ella como un animal hambriento. Porque en eso me he convertido. He dejado de ser un hombre para transformarme en una bestia ansiosa por devorarla.

La arrojo sobre la cama y me recuesto encima de la mujer. Desesperado, profano su boca con mis besos ardientes. Luego repaso su cuello, sus senos, que aprieto y mordisqueo mientras ella acaricia mi cabello y emite una carcajada grave y erótica, que casi me hace estallar. Y aunque quisiera seguir recorriendo su deliciosa anatomía, explorando cada secreto de su cuerpo, no soy capaz. Sin poder controlarme por otro instante, me coloco entre sus piernas, que acaricio y froto para luego flexionarlas, de forma que rodeen mis caderas. Entonces la penetro de una sola estocada, hundiéndome en su interior, disfrutando de su estrechez, entregado al frenesí como si no hubiera un mañana.

- ¡Oh, Zayed!... ¡Así! – grita arañando mi espalda, como gata salvaje, mientras la embisto una y otra vez. Y de nuevo esa risa grave y su respiración agitada.

Y yo, que usualmente, soy de hablar, de describir, de dar indicaciones cuando estoy en la cama con una mujer, me limito a dejarme llevar y a escuchar cada nota que sale de su garganta. Sigo empujando en su interior, y ella acaricia mi nuca, jala de mis cabellos y hunde el rostro entre mi cuello y mi hombro. Y… ¿Me muerde?... Sí, me ha mordido. Y aunque la sensación es bastante dolorosa, también me llena de excitación. No puedo expresarlo con palabras, pero es como si con aquella mordida hubiera inyectado algo en mí, que incrementa a mil el placer que experimento mientras la penetro como un autómata. Es como si mi existencia no tuviera más razón de ser que la de estar aquí mismo con ella, en esta alcoba tan elegante, hundido en su cuerpo.

Me aferro a sus caderas sin dejar de arremeter. Ella continúa mordiendo, arañándome. Seguimos así durante no sé cuánto tiempo, hasta que la siento contraerse aún más, y la escucho emitir un largo grito de satisfacción que me indica que ha terminado. Me contengo otro tanto, loco de placer, mientras ella se lleva las manos al cabello, disfrutando, y me regala otra de esas carcajadas en tono bajo y sensual. Cuando ya no puedo resistirlo más, me dejo ir en cuerpo y espíritu. Llego al que quizás sea uno de los mejores orgasmos de mi vida. Se siente como si las puertas del cielo se hubieran abierto para mí junto con las piernas de esa hermosa mujer que yace bajo mi peso.

Agitado, agotado, salgo de ella y me dejo caer a su costado. Nora continúa con la respiración agitada. ¡Dios! Fue un intercambio sexual glorioso, me cae. En algún momento sentí que iba a morir de tanto placer. ¡Vaya forma de coger que tiene esta vieja!...

- No… No me lo esperrraba… La verrrdad… Eso… Fue estupendo, Zayed.

Definitivamente errres uno entre un millón – comenta aún jadeante, con voz entrecortada.

- Ajá – logro decir.

Y cuando digo "ajá" no es por un acto de presunción, ni por altanería. Es porque, en serio difícilmente "logro" decir algo. Es todo lo que consigo emitir. No puedo articular palabra. Estoy fundido. Apenas me estoy recuperando de la impresión… De la entrega. Es que no puedo entender qué está ocurriendo. He estado y disfrutado con decenas de chicas. Con demasiadas, la verdad. Al punto de que confundo y olvido sus nombres y sus rostros. Pero esta mujer… ¡Carajo! Nunca antes sentí algo semejante… Una pasión desmedida… Explosiva… Alucinante.

Luego de recuperar el aliento, Nora se levanta de la cama regalándome una panorámica de su gloriosa desnudez. Me sonríe y me tiende la mano. Miro sus dientes perlados, blancos, perfectos, pero entonces noto que sus colmillos son ligeramente más largos de lo habitual. No es que ese detalle medre en su belleza etérea, pero no me había fijado antes… Y no creo que le hayan crecido de repente.

- Vamos, carrriño – insiste tendiéndome la mano, y yo dejo de pensar. Como ha sucedido cada vez que, estando con ella, me cuestiono algo que me resulta inexplicable.

De nuevo, obedezco. Acepto su oferta, tomo su mano fría y me dejo conducir. Detrás de una puerta lateral encontramos un baño amplio, de mármol blanco y resplandeciente, que es casi tan grande como la habitación. Y, al igual que en la sala y el cuarto, se ilumina por unas lámparas en color ámbar, y está lleno de cirios encendidos que rodean toda la estancia en donde se aprecia un amplio tocador de mármol, un diván dorado con terciopelo rojo; ventanas amplias con cortinas que vuelan por el aire que se cuela al interior (y que curiosamente no apaga las velas; muy extraño).

Sigo a Nora hasta que llegamos al centro del baño, en donde nos espera una tina profunda y enorme (una especie de piscina de mármol o granito, no lo sé) empotrada al piso. En el agua flotan pétalos de rosas, y percibo diferentes esencias que no alcanzo a distinguir, pero que trato de adivinar: cítricos, menta, maderas, lavanda, rosas, pachuli. No tengo idea. Sólo sé que será un baño fragante y, ¡carajo! Espero que Nora me deje hacerle el amor en la tina. Me muero de ganas de enterrarme en ella otra vez; y hacerlo ahí me perturba… Claro, lo haríamos luego de que me recupere un poco. Ahora mismo creo que no podría… *O tal vez sí*, pienso al sentir el tirón en la entrepierna y percatarme de que ya estoy nuevamente excitado. *Güey, esto debe ser un nuevo récord. No han pasado ni diez minutos y ya estás bien a tono.*

Nora se dirige a la tina y, mientras camina, me hipnotiza con el vaivén de sus caderas y la palidez de su región glútea. Otra vez contemplo la tesitura de su espalda y su trasero que estrujé minutos atrás, y que deseo tomar nuevamente. La mujer se adelanta y la miro descender hacia la

tina, bajando escalón por escalón. Se sumerge y el agua le va cubriendo el cuerpo poco a poco hasta llegar por debajo de su cintura. Se gira hacia a mí y, con un guiño y una sonrisa, me regala otro gesto de invitación. Nervioso, trago saliva al contemplar otra vez su anatomía curvilínea, ese cuello largo, su piel cremosa, sus pechos turgentes, sus pezones rojos tan deliciosos.

Me introduzco al agua y me coloco detrás de ella. Bajo las manos a su cintura, a sus caderas y me froto contra su espalda baja. Excitado, hundo la cara en el espacio entre su hombro y su cuello, y Nora tira la cabeza hacia atrás, apoyándose en mí, soltando una carcajada que sólo me endurece aun más.

- Cántame, Zayed… Canta para mí – ordena con esa voz grave que me enchina la piel.

- ¿Qué quieres oír? – pregunto poniéndome a su total disposición, por supuesto.

- Sabes lo que quierrro escucharrr – responde, y yo necesito más explicación.

Acaricio su cintura, le doy un par de besos en la mejilla, en el cuello. Dirijo mi nariz a su cabello largo, espeso y aromático. Me separo un poco y comienzo a cantar.

Todos me dicen el negro, llorona.

Negro, pero cariñoso.

Todos me dicen el negro, llorona.

Negro, pero cariñoso.

Yo soy como el chile verde, llorona

Picante, pero sabroso…[10]

Ella permanece quieta, muy quieta, con la tersa espalda, tan blanca, pegada a mi pecho bronceado. La rodeo con los brazos y el contraste entre nuestras pieles se me hace casi artístico. Relajada, Nora reclina la cabeza hacia atrás, sobre mi hombro, mientras continúo interpretando esa canción tan querida, tan popular en mi tierra, pero que no tiene autor, que no es de nadie, pero que es de todos al mismo tiempo.

No sé qué tienen las flores, llorona.

Las flores del camposanto.

Que cuando las mueve el viento, llorona.

Parece que están llorando…

¡Ay de mí, llorona!

Llorona, llévame al río…

Tápame con tu reboso, llorona

Porque me muero de frío…[11]

Cuando termino, Nora se gira hacia a mí, sonriente, complacida. Luego me besa, mi lengua se entrelaza con la suya, hasta que sujeto su pierna para que me rodee la cadera, pero ella apoya las manos sobre mi pecho y se separa. Bufo frustrado y ansioso como un toro de lidia, aunque la dejo apartarse respetando su deseo de interponer distancia.

Me mira con otra sonrisa, y se aparta hasta el borde de la piscina, donde hay una copa de cristal que contiene un líquido rojo, y en la que no me había fijado para nada. La sujeta y regresa a mí. Dirige la copa a mis labios empujándola hacia arriba y me hace beber. De nuevo obedezco. No sé qué poder ejerce esta mujer sobre mí, que no he podido resistirme a ella desde el instante en que la vi en la fiesta. Paladeo la bebida especiada. Distingo la dulzura del vino tinto, un gusto terroso y de especias que no alcanzo a clasificar. No es desagradable, pero es muy extraño en sabor y consistencia. Es espeso y tibio.

- Bien, muy bien. Bebe, terrrmínalo todo. Te harrrá sentir más cómodo. Más relajado. Con menos dolorrr… ¡Ay, Zayed! Eres prrrecioso… Omar estarrrá fascinado contigo, pero Atila enloquecerrrá cuando te vea – dice mientras echa una mirada contemplativa sobre todo mi cuerpo.

No tengo ni puta idea de quiénes son esos dos güeyes, pero en el momento en que termino la bebida siento una especie de éxtasis recorriéndome por entero. Mis sentidos se agudizan, aspiro los aromas con más intensidad, siento las lenguas del agua tibia acariciándome todo el cuerpo. Incluso me fijo en los bordes imperfectos de la tina de mármol (o granito), que hasta antes me parecía impoluta.

Y entonces siento otras manos sobre mis hombros, frotándome. Por instinto me giro a ver y descubro a otras dos mujeres. Una pelirroja bella, de piel muy blanca, cuerpo escultural y pechos pequeños, pero muy apetecibles. Y una chica afro, de piel oscura como el chocolate, de cabello ensortijado y largo, con unas curvas de infarto, que me sonríe y me unge con aceite perfumado a ¿nardos?

- Lo hiciste excelente, Nora. Es un ejemplar fantástico – dice la chica afro, con acento español, castellano. Sonríe, claramente complacida con lo que miran sus ojos.

- Y a ti también parece gustarte lo que ves – agrega la pelirroja, leyéndome el pensamiento, lo que parece muy usual esta noche. Nora no ha dejado de penetrar en mi mente por un solo instante. La he tenido como un chicle pegada a mi cabeza. Ajeno a mis tribulaciones, la pelirroja dirige la mano, por debajo del agua, hacia mi excitación, para rodearme con su mano y frotarme.

Y yo, que ya no soy dueño de mí mismo, tiro la cabeza hacia atrás. Les entrego mi cuerpo y mi voluntad, y me dejo hacer, rendido ante el deleite de sus manos, de sus bocas sobre mi piel.

- Todo suyo, hermanas. Yo ya he tenido mi parte – dice Nora, que abandona la tina, toma una bata roja de una mesita adyacente, se la coloca y camina hacia el diván de metal dorado y terciopelo escarlata, ubicado frente a nosotros, en donde se sienta para contemplar el espectáculo que protagonizo con estas dos mujeres que han decidido darse un banquete conmigo, y claro que las satisfaré.

Irreal

Con delicadeza, tomándome de la mano, me conducen hacia las escaleras de la tina. Cuando llegamos, me hacen sentar en uno de los escalones y se acomodan a mi alrededor. Aún tengo los pies sumergidos en el agua y ellas se ocupan en bañarme y frotar todo mi cuerpo con pétalos de rosas, agua tibia y fragante. A continuación se presentan a sí mismas, con las bocas pegadas a mis oídos, emitiendo voces graves, sedosas, con un tono sensual, pero tierno a la vez. Casi diría que con agradecimiento, cariño y algo de devoción.

Aven, la pelirroja, me besa con intensidad explorándome con su lengua ardiente, y yo me entrego al frenesí de su boca jugosa, mientras sus manos acarician mi cuello, mi pecho. Makena, la chica afro, sin el menor recato y con toda la autoridad, monta encima de mí, haciéndome penetrarla y, entonces, me cabalga con destreza, con la fuerza de un potro salvaje y libre, un frisón azabache que galopa buscando su placer y el mío. Y jadea extasiada, disfrutando de cada envestida. Mi cuerpo explota de gozo y de dicha entre tantos estímulos: vista, tacto, gusto, oído, olfato… Y la fricción, el roce abrasador que siento al invadir el interior de Makena. De reojo alcanzo a mirar a Nora que, excitada, se abre de piernas y se toca a sí misma, ahí en su propio centro, al tiempo en que nos mira hacer en las escalinatas de la tina. Y claro que yo me pierdo en la escena tan erótica que me regala.

¡Carajo, carajo! ¡Qué rico está todo esto, chingada madre!... Cuando le cuente a Mauricio me va a decir que estuve imaginándolo todo esto. Qué quién sabe qué chingados me fumé, reflexiono recordando a mi compadre, y pensando en que ciertamente algunas cosas que ocurren esta noche tienen un tono irreal, fantástico. Aunque tampoco me importa demasiado… *No pienses en eso; no pienses en nada, sólo siente. Disfruta. Dedícate al placer, Zayed. Nada más importa. Sólo tú y tu placer*, parece decir una tercera voz que invade mi cabeza… La reconozco, desde luego que la reconozco. Es su voz, la voz de la mujer que me trajo aquí esta noche; el tono bajo tan sexual de Nora que en ese momento vuelve a hacer contacto visual conmigo. Justo cuando Makena cambia de lugar con Aven, que ahora monta sobre mí. Y yo acato, sumiso, al mandato de Nora, mi ama, mi señora. Dejo de pensar y me dedico a sentir.

Y en ese momento, en vez de escuchar mis propios pensamientos, ajeno a las mil interrogantes que se disparan en mi cabeza, sólo alcanzo a distinguir los gritos de arrebato de estas tres bellas mujeres, desnudas en toda su gloria, cuyos jadeos de delirio se entremezclan con los acordes del *Adagio de Albinoni* que resuena en mis oídos. Es mi pieza favorita de música clásica en todo el mundo mundial. Si tuvieran que poner una melodía, sin letra, para mi entierro, sin duda elegiría el *Adagio de Albinoni*. Y no sé si la melodía está sólo en mi mente o si es sonido exterior lo que distingo, pero me parece estarla oyendo a mi alrededor transmitida por los

más potentes, nítidos y sofisticados altavoces… *Sí, es el chingado Adagio de Albinoni interpretado por la puta Orquesta de Cámara de Eslovenia, la mejor versión del Adagio que he escuchado en toda mi pinche y mugrienta vida… Esto no puede ser… Esto no es real*, me digo pensando que estoy en un sueño, pero del que no quiero despertar jamás porque en ese momento, los labios de Nora se apoderan de mi boca para darme un beso voraz, como los que me ha regalado en esta noche de luna roja tan mágica… Curioso, la propia Nora, que se decía satisfecha, no pudo resistirse más y terminó por acercarse y exigir su parte, que le entregué gustoso.

Durante horas nos dedicamos a darnos mutuo placer al interior de la tina, en el piso de mármol, en el diván al costado; de pie junto al tocador de granito, o frente a la ventana. Hacemos no sé cuántas posiciones una por una; con dos o con las tres mujeres al mismo tiempo. Pero de igual forma nos vamos turnando y las penetro, las complazco y me entrego a cada una con la dedicación de un artesano celoso de su obra, buscando la perfección y la belleza en cada roce.

Cuando terminamos, más bien cuando ellas terminan conmigo, me llevan al diván. Me recuestan. Buscan una toallas y me secan con cuidado, escrupulosas. En sus ojos, en sus manos siento una especie de veneración con cada movimiento que hacen. Me ponen de pie y me cubren con un boxer negro, nuevo, que no era el que traía puesto, pero no hago preguntas y les permito vestirme. Luego me cubren con una bata de terciopelo rojo, igual a la que tenía Nora hace un momento.

Aven y Makena, que ahora también portan igual túnica en el mismo color y tejido, me toman de las manos y me dirigen fuera del baño. Luego atravesamos el cuarto y contemplo las cortinas volantes de las ventanas, por las que se filtra la luz de la luna espectral. Miro hacia atrás y viro a ver a Nora, quien nos sigue a paso lento y me regala una sonrisa. Cuando llegamos a la entrada de la habitación, el claro din-dong de un reloj antiguo y grande resuena en todo el espacio y las hace detener de golpe. Al instante las puertas de la habitación vuelven a abrirse de par en par de manera automática, sin la mediación de ninguna fuerza humana que obligara el movimiento. Como ocurrió cuando entré a la casa, siguiendo a Nora.

- Justo a tiempo. Las tres de la madrugada… Ha llegado la hora – dice Aven, y entonces reconozco su acento afrancesado.

Las preguntas se atiborran entre mis pensamientos como un torrente: *¿Quiénes son estas mujeres? ¿Por qué todas son extranjeras? ¿Dónde estoy? Conozco casi toda la costa de esta zona y nunca había visto esa veredita, ni esta casa… ¿Por qué me visten así? ¿Por qué vamos los cuatro de túnica roja? ¿Por qué la puta luna se puso tan grande y roja… Escarlata y radiante?... ¿Qué hora es? ¿De dónde salió ese chingado reloj? ¿En serio se abrieron las*

puertas sin que nadie las tocara, tendrán algún mecanismo, un sensor de movimiento?

- Ya encontrarás respuesta a todas esas preguntas, hermoso Zayed – dice Makena y me da un beso corto en los labios.

La cofradía

Cuando Makena corta el beso, las tres mujeres me toman de los brazos y me conducen por el pasillo que ahora se ilumina no sólo por las lámparas ambarinas que vi antes, sino también con teas encendidas, depositadas en las paredes, a lo largo de todo el perímetro. Por instinto miro a la derecha, hacia el centro de la explanada, y lo que observo me da un vuelco en el estómago: el patio central está claramente iluminado por antorchas, y lo ocupan decenas (quizás un centenar) de individuos que visten con las mismas túnicas de terciopelo rojo. Alrededor de todos esos extraños de rojo, se halla un templete alto, de madera. En el medio se encuentran una mesa redonda y una cruz de San Andrés. También hay arreglos florales. Son cientos de rosas rojas enormes y fragantes que decoran cada rincón de la tarima, en cuyos bordes se yerguen otras altas antorchas prendidas con un fuego al que el fuerte oleaje del mar parece no hacer el más mínimo efecto, pues la llama ahí sigue intacta y resplandeciente.

Me estremezco. Caigo en cuenta de cada detalle, de cada acontecimiento: estamos a solas en una casa apartada e inmensa, todos vestimos de túnicas rojas y vamos hacia lo que claramente es una zona de sacrificio para hacer algún tipo de ritual, cuya ofrenda, dadas las circunstancias, sin duda seré yo.

- Esto no está bien – logro decir por fin… Para entonces, yo que suelo hablar hasta por los codos, no había emitido ningún sonido que no fueran mis propios jadeos de placer, como sumergido en un éxtasis de ensueño, del que despierto con horror al sentir la porosidad de la madera bajo mis pies cuando subimos a la tarima.

Poco a poco voy recuperando la conciencia, y trato de liberarme de las manos de estas tres mujeres, que me agarran con fuerza descomunal y me llevan hacia al patio central en medio de esa gente que se abre paso nada más verme. Entre el forcejeo, observo bien a la audiencia: mujeres y hombres adultos; pero todos lucen jóvenes y agraciados. Distingo casi cualquier fenotipo y tono de piel: afros, caucásicos, asiáticos, moros… No hay una sola persona fea aquí. No alcanzo a mirar sus cuerpos, pues todos visten igual que nosotros, pero por su porte, altura y por la belleza de sus rostros, diría que su atractivo es objetivamente innegable. Como si hubieran sido elegidos con algún tipo de índice de calidad para pertenecer a una especie de… ¿Cofradía?

¡En la madre!… Eso es: *¡Una cofradía!... Es una especie de ritual satánico. ¿Dónde chingados te fuiste a meter, Negro?*, me pregunto a mí mismo mientras atravesamos entre la muchedumbre, en la que todos los ojos están sobre mí. Conforme avanzo, cada individuo inclina levemente la cabeza, como en señal de respeto. Y cuando vuelven a levantarla y me miran, reconozco sus expresiones. Son las mismas de Nora, Aven y Makena: agradecimiento, devoción, fascinación… Pero eso no me hace sentir menos horrorizado y… Peleo. Pataleo, me sacudo,

forcejeo intentando soltarme sin éxito. Son demasiado fuertes para mí solo.

Mi corazón se acelera a ritmo frenético. Si éstos no me matan aquí sacándome el corazón, moriré de un infarto… Cuando subimos a la tarima, observo que Aven toma un contenedor y deja sobre la plataforma un rastro de sal en forma de estrella invertida, la famosa estrella de cinco puntas que emula una cabeza de chivo… Al contemplar el dibujo, sigo hilando ideas: son las tres de la mañana, la hora de las brujas; todos visten de túnica roja y estamos frente a una cruz de San Andrés, un artefacto de sacrificio… *¡Estoy en un puto filme del pinche Dario Argento! Nada más me falta la musiquita fantasmal y las brujas de rostros desfigurados.…*

- ¡No!... ¡Suéltenme! – grito con desesperación, rogando ayuda.

- Calma, Zayed. Falta poco – susurra Nora a mi oído, sin soltarme. Me sujeta con una fuerza sobrehumana. Y por más que lucho no me logro deshacer de su agarre. Es cierto, es muy alta, pero es muy delgada en comparación conmigo que me mantengo en forma y, sin embargo, no puedo liberarme de su agarre…

- Ya no pienses, Zayed. No hay nada que puedas hacer. Sólo déjate llevar – interviene Makena que, junto con Aven, me deshacen de la bata, a pesar de toda la resistencia que pongo. No les cuesta gran esfuerzo apartar mis propias manos y desvestirme. Pero me dejan los boxers, como cuidando *¿mi dignidad?... Ay, qué considerados.… ¡Chinguen a su madre!*

A continuación las dos mujeres me empujan hacia atrás y consiguen colocarme en la cruz de San Andrés a la que atan mis muñecas y mis pies con ayuda de unas correas de cuero que impiden mi liberación.

- ¡Déjenme! ¡Alto! ¡Suéltenme! – clamo cuando las mujeres se apartan de mí, luego de asegurarse de que me sujetaron bien, y que no puedo soltarme.

Aven y Makena descienden del escenario y sólo queda Nora que, a distancia, me observa complacida. Se retira la túnica y, contrario a lo que pensaba, no está desnuda, lleva una vestido también rojo en satén, pero de un modelo distinto. Quizás en un tono más intenso: granate. Repite el largo collar de perlas que hace juego con sus aretes… *Y no sé por qué putas me ando fijando en estos detalles tan pendejos, cuando estoy al borde de la muerte.… Y en un sacrificio satánico, güey.*

La mujer se aproxima a mí. Acaricia mi mentón con el dedo índice. Me sonríe y me besa. Extasiada, vuelve a olfatearme el cuello, como hizo un par de horas atrás.

- No fuiste una prrresa fácil. Había demasiada competencia por ti. Hombres que te admiran, a los que les simpatizas y querían platicar contigo… Decenas de mujeres que te querían meter a la cama esta noche… Tuve que hacer alarrrde de todos mis encantos como nunca, Zayed.

Deberrrías sentirte halagado. Los vampiros solemos requerir de menos esfuerzos para capturar a nuestro botín… Pero valiste la pena… Eres un amante fogoso y excepcional, Zayed – dice Nora, con esa voz sexual, susurrándome la boca.

Vampiros… Vampiros… ¿Vampiros? ¡Dios mío, ayúdame a despertar de esta pesadilla! Esto no puede estar ocurriendo.

- ¡Oh, pero sí, Zayed! – contesta para luego darme un beso y girarse hacia la audiencia que se ha aproximado a la tarima, pendiente de Nora que, aparentemente, dirigirá el espectáculo.

- Atila, Omar… Ya es hora – dice los nombres que mencionó antes, cuando hacíamos el amor, pero a los que no presté importancia.

En ese momento, los invitados hacen lugar en el medio para abrir paso a dos figuras altas que no visten de rojo, sino de negro. Llevan largas túnicas de terciopelo oscuras, brillosas. Se aproximan a paso lento, y caminan justo como Nora: deslizándose, casi sin tocar el piso. Es una escena tan bizarra… *¿Cómo chingados no me di cuenta de esto antes, en la fiesta?... ¡Si me hubiera ido con la Maricruz nada de esto me hubiera pasado! ¡Chingada madre!... Con lo buena que está la Maricruz*, me recrimino en silencio.

Y cuando por fin llegan a la tarima, en vez de subir por las escaleras, vuelan con ligereza hacia nosotros. Y se me cae la quijada al piso a causa de la impresión. Como si todo lo que acabo de presenciar no fuera suficiente.

¡Te lo dijo! ¡Son vampiros!... Vampiros… Vampiros… Vampiros. ¡Me lleva la puta madre!

Al llegar a Nora, uno de los hombres, de piel cetrina como la mía; alto, de cabello y ojos negros, la rodea con los brazos y la besa apasionadamente, demandando su atención, como marcando terreno, pero... Después, el otro tipo, también muy alto, rubio como el sol, de ojos claros, repite el mismo movimiento, y la vuelve a besar con igual o mayor fruición que el sujeto anterior. Todo a vista y paciencia del público que, enardecido, rompe en gritos y aplausos de celebración por el intercambio de salivas.

Puta madre… Vampiros… Y además poliamorosos. Si sobrevivo a ésta, si Diosito lo permite, me cae que escribo una canción, y se la voy a presumir al pinche Mauricio… Claro, si sobrevivo a esto… Padre mío, Jesús mío… Despiértame de esta pinche pesadilla, te lo suplico. Prometo… Te juro que voy a ir a la primera misa que se celebre hoy. Si esto es un sueño, una pesadilla, apenas me despierte me pongo a averiguar horarios, deveras, deveritas, rezo implorando clemencia a Dios nuestro señor.

Cuando cortan el beso, el rubio se acerca a mí. Camina a mi alrededor, bordeando

lentamente la cruz de San Andrés. Me estudia con detenimiento, evaluando a la presa.

- Soy Atila, el gran señorrr de Europa central; y él es Omar, el señorrr de Europa del este – se presenta, sin dejar de mirarme con un gesto evaluativo. Noto el mismo acento de Nora.

- Gran señor de Europa del Este y de la región de los Balcanes – corrige Omar, con algo de enfado. Él no me da vuelta, pero permanece de pie, junto a mí, observándome de arriba abajo. Tiene un acento semejante al de esos dos. Sin embargo, bien visto, ese güey tiene algo de musulmán… Barbado, de claros rasgos árabes como los míos. También parece darse cuenta porque un brillo especial se pinta en su mirada, pero no se detiene más en su inspección. Se alza de hombros y, sin más, se da vuelta, como si nada… *Piche Omar. ¡Igual y éramos hasta parientes, güey!*

Atila y Omar… Nada más faltaba que se llamaran Vlad Tepes Drácula y Memeth II, y todo hubiera cuadrado, me digo recordando mis clases de historia de Europa en el instituto. La verdad es que estaba muy sabrosa la maestra, y ahí sí que puse atención, y aprendí el drama entre el sultán y el empalador, que años después inspiraría la novela de Abraham Stoker, *Drácula*.

- Jajajajaja – rompe a reír, estridente, Omar –. Tu elección fue buena, herrrmosa Nora. Muy, muy buena.

- Gracias, mi señorrr – responde ella inclinando la cabeza, en claro gesto de sumisión.

- Sin duda cumples con sobrrresaliente todos los requisitos para entregarrrte como ofrenda de nuestro ritual: eres oriundo de la región, eres joven y… Tan hermoso. Tienes un distintivo especial que te hace resaltarrr sobre los demás. Eres divertido, leal, apuesto, carismático, y eres un músico de talento extraorrrdinario. Un mortal valioso de sangre vital, saludable… Un amante altamente calificado como han podido atestiguar nuestras amigas... Serrrás un banquete exquisito – dice Atila, que ahora me observa con una mezcla de hambre y lascivia.

Y yo ya no sólo me siento aterrorizado, sino también incómodo, hostigado, porque en ese momento Atila rompe todas las distancias y vuela hacia mí, acercando su rostro al mío. Lleva las manos a mi cuello, me aproxima a él… ¡Y me besa! ¡Puta madre! ¡Me besa!... Todos estos pinches años evitando respetuosamente las insinuaciones de mis fans y colegas gays, y viene este güey ¡Y me besa!... *¡Un vampiro! No mames, no mames, no manes.*… Aún con su boca sobre la mía, y sus brazos sujetándome con una fuerza sobrehumana, doy pelea y hago los movimientos más bruscos intentando mi liberación, pero no lo consigo pues al fin y al cabo estoy sujeto de pies y manos a esta cruz de San Andrés en la que, aparentemente, daré mi último suspiro.

Sólo cuando decide que ha tenido suficiente, Atila se aparta de mí, y me observa con malicia. Sonríe con sorna, luego tira la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada con expresión

digna de *Skeletor* (ese de *He-Man)*.

- ¡Vaya! Errres difícil, Negro. Vas a pelearrr hasta tu último aliento… Felicidades de nuevo, Nora. Tenemos a un heterosexual apasionado y enérgico. Bien seguro de sus preferrrencias – agrega sin dejar de verme, satisfecho por su hallazgo.

- No… No me gustan los hombres. A mí me van las viejas. Y a la tuya, mano, le acabo de dar una cogida de antología, que hasta pidió repetir. Y lo disfrutó un chingo, cabrón – refuto recuperando valor de no sé de dónde chingados, pero le hago frente con mi hombría de macho mexicano que ni Pedro Infante, ni Jorge Negrete y ni Vicente Fernández juntitos habrían conseguido, me cae… Aunque me esté muriendo de miedo. *¡Que no se note, güey! Machito, machito.*

- Sí, como el aventurero. Esa canción con la que alardeas frente a tus amigos, especialmente con tu compadre Mauricio… Te va a exrañarrr… Lo lamento mucho, Negro – dice evocando un recuerdo con mi cuate Mauricio… Y al instante me llega la escena de nosotros dos cantando la rola junto con los clientes de uno de nuestros bares en Cancún. Repito mentalmente la estrofa:

El mundo me importa poco y

hago de mí lo que quiero.

Soy honrado, buen amigo;

vacilador, más sincero.

Lo mismo les tomo tequila o mezcal.

Yo le entro al pulquito.

También al champán…[12]

Sonrío al evocar la ocasión. Nos reíamos como locos. Y de vez en cuando, ya muy pasado de copas, el Mauricio lloraba por una ex, la ex de todas sus exes… Y yo, como su fiel escudero, le ponía mi hombro para que llorara a lo macho mientras bebíamos y cantábamos con los parroquianos de nuestro bar *La rosa de los vientos*… Aunque, claro, luego me escapaba para ligar a alguna nena cuya cara y nombre ya olvidé…

- ¡Libertino! Eso es lo que eres, Zayed Abdul ¡Un libertino! – me gritaba mi mamá, histérica cuando sabía de alguna de mis aventuras con cierta chica… Y mi papá se limitaba a sonreírme con complicidad, y a entretener a mamá para que yo huyera del regaño… Y con aquella imagen que llega abruptamente a mi cabeza, también pienso en mis padres, en mis tíos y primos que son un desmadre, pero que son la familia solidaria y loca que me tocó, y a los que

quiero un chingo. Y en mi cuate Mauricio; y las giras, los conciertos… *¡Ah, qué tiempos aquellos!… Ni pedo, Zayed, fue una vida corta, pero buena; y casi siempre alegre… Fui feliz… Y algo cínico y desvergonzado, pero muy sincero como el chingado aventurero de la canción,* medito.

Resignado, levanto la cara y decido enfrentar a la muerte con valentía y orgullo. Lo único que sé es que si ésta será mi última noche con vida, si seré devorado por decenas de vampiros para hacer no sé qué puta ceremonia satánica, pienso dar batalla entregando mi cuerpo y mi alma a Dios. Porque a pesar de haber caído en esta trampa, sé que tengo buena vibra. También tengo la consciencia tranquila. Jamás he hecho o deseado mal a ninguna persona; ni he lastimado a nadie a propósito, o con dolo. Cuando he ofendido a alguien, me he disculpado inmediatamente.

Y si éste es el pago por mi vida disipada de hombre sexualmente activo, caliente, promiscuo y evasor del compromiso; por ser un pinche libertino como decía mi santa mamacita, ni pedo. Reconozco que mi pecado es la lujuria, la neta. Así que lo acepto como castigo divino, y Dios conmigo… Ahí nos vemos, San Pedro, me digo y mentalmente hago la señal de la Santa Cruz, entregándome a la voluntad del Altísimo.

- Jajajajajaja – ahora ríe Omar, y yo vuelvo a recordar en ese instante, que los putos vampiros tienen poder para leer mis pensamientos, y este güey se acaba de reír del momento espiritual y de absoluta honestidad que acabo de tener conmigo mismo… O sea, ¿el pinche Omar este sí puede leer la mente, no?... Al menos las tres nenas que me acabo de coger sí tenían ese poder.

- Bueno… No estás del todo equivocado, Zayed Abdul… – interviene Atila, rompiendo mis pensamientos – Nora es una vampira como nosotros, y sí puede leerte la mente, como Omar. Al igual que Aven y Makena; pero ellas son brujas, no vampiras.

- ¡Ah! Ya… Claro… ¿Y qué chingados busca una horda de brujas y vampiros aquí en Yucatán? – indago simulando interés para seguirle la corriente; pero continúo igual de perturbado que antes. No comprendo ni una chingada, sólo sé que me quedan unos minutos de vida, y que los voy a prolongar lo más que pueda estirándolos a todo lo que aguanten. Y, de alguna manera, el experimento funciona pues mi pregunta alienta al vampiro, que se suelta de lengua, y se explaya en su explicación.

- Verás, Zayed… En esta ceremonia nos reunimos dos gremios: brujas y vampiros… Y básicamente tomarrremos tu vida para pedir el perrrmiso de los dioses originarios, dueños de estas tierrras, para poder quedarrrnos aquí… No tendrías por qué saberlo, pero dado que el efecto de la infusión no resultó tan efectivo contigo, y porque ésta será la última vez que tus ojos miren el cielo, y esta luna rrroja tan impactante… Te explicarrré: venimos buscando nuevos lugarrres

dónde vivirrr… El viejo mundo ya no tiene mucho que ofrecerrrnos… Cada vez hay menos espacios… Menos leyendas, demasiada urbanización… Necesitábamos un nuevo hogar… Y estas tierrras tan legendarrrias, míticas son nuestra única solución.

- Entenderás – continuó – que nos vimos seducidos por su encanto, por su selva, por su vegetación, por su tranquilidad… Y nada como estas playas tan marrravillosas. Y, desde luego, y lo más importante: por la sangre joven… Así que luego de reflexionarlo un poco, nos mudamos; pero cuando habitamos un nuevo sitio, somos muy respetuosos de las formas. Siempre pedimos perrrmiso a los dioses. Fuiste elegido por varias razones: eres nacido en estas tierrras… Como te dije, eres un hombre apuesto, talentoso, valioso; pero sobrrre todo tienes un alma noble. Ayudas a todos, errres confiable, todo lo das; te entregas sin esperarrr nada a cambio; pero, a pesar de tus virtudes, errres un ser imperfecto, que se entrega a los placeres de la vida. Especialmente al sexo… Y eso fue precisamente lo que llamó la atención de la bella Nora. Necesitamos de tu enerrrgía, de tu virilidad para sobrevivirrr en este nuevo mundo, Zayed.

O sea que, probablemente, te van a sacar el corazón y a cortar los huevos por putañero. Chingado Zayed, no mames… Sí vas a morir por putañero, cabrón. ¡Si bien que te lo decía tu madre! Hasta el pinche Mauricio y su vieja te lo decían; y ahí vas dándole vuelo a la hilacha con cada vieja que se podía… Y con la pinche güera esta que te resultó una vampira de Europa del este o una madre así… Pinche suerte… Deveras, me hubiera ido con la chica del coro, o con la Maricruz… Todos estos años cuidándome celosamente con los preservativos para no contraer una gonorrea ni alguna puta enfermedad de transmisión sexual… Y voy a morir en pinche sacrificio pagano para brujas y vampiros… ¡No mames, güey!

- Jajajajaja… ¡Ay, Zayed!… Errres todo un comediante… Podría quedarrrme aquí escuchando tus reflexiones, pero se hace tarrrde. Tenemos que actuarrr. Ya son más de las tres de la madrugada. Esto tiene que acabarrr antes de que asomen los primero rayos del sol, cuando la luna todavía es roja – dice Atila y se da vuelta hacia los cófrades.

Levanta las manos hacia el público, alentándolos, cargando energías para comenzar el ritual. Brujas y vampiros comienzan a hacer vítores, a gritar y entonar una especie de cántico en alguna lengua antigua y desconocida para mí. En ese momento, Aven y Makena suben al estrado portando dos bandejas de plata en las que llevan una serie de utensilios que no reconozco, excepto la copa con un líquido rojo y espeso como el que me dieron a beber en el baño; y una navaja de cuchilla negra y brillante. Sí, es una daga de obsidiana, muy filosa y puntiaguda, como esas que salen en los documentales de los antiguos mayas y aztecas…

Carajo, voy a morir en la emulación de un ritual inspirado en la cultura de mis ancestros, chingada madre… *Pero tú eres medio árabe… Pero yucateco de corazón, que aquí nací y crecí.*

¡No mames!, me recrimino sin dar crédito a lo que ven mis ojos, pero alzando pecho y dispuesto a aceptar el destino que me asigna Dios, mientras Aven, Nora y Makena levantan mi cara y me abren la boca obligándome a beber otra copa de esa infusión terrosa y espesa, roja como la sangre.

Durante milenios

Sin poder refrenar la fuerza sobrenatural de estas tres mujeres que me sujetan a voluntad, bebo hasta la última gota de ese líquido que sabe a vino y especias raras, el cual comienza a hacerme efecto, justo como ocurrió horas atrás. Sólo que ahora, más que frenesí, más que ansias y placer, experimento una sensación de templanza y de armonía, que se apodera de mi cuerpo y de mi espíritu. Como cuando estás muy borracho, o drogado, y todo te causa risa… O paz. Depende de lo que te hayas metido.

Quizás por eso miro lo que ocurre a mi alrededor como si estuviéramos en cámara lenta; todos y cada uno de los acontecimientos suceden ante mi más absoluta indiferencia. Así que no experimento ni miedo, ni emoción alguna cuando Aven y Makena se inclinan ante Nora, y le entregan la cuchilla de obsidiana que levanta en alto y la presenta al público que grita enardecido, mientras Atila y Omar la observan altivos, supervisando la operación.

Luego, se da vuelta y camina hacia mí. Sujeta bien la navaja y la dirige al centro de mi pecho, justo a la altura de mi corazón. Un silencio sepulcral se apodera del patio central cuando Nora se dispone a hundir la cuchilla, pero en ese preciso instante un aullido ensordecedor que estremece en sus centros la tierra (como el himno nacional; sí, señor) se apodera de toda la estancia. Y todos, incluido yo, así drogado, giramos en dirección de donde proviene ese alarido estentóreo. Y no puedo creer lo que ven mis ojos.

De pie en uno de los niveles de la casa, aparece una especie de hombre lobo gigantesco. Y digo hombre lobo porque no sólo se trata de un lobo descomunal de más de dos metros, sino porque tiene forma humanoide. El tipo se para sobre dos piernas poderosas, enfundadas en unos jeans rotos y desgastados. Además es grande, musculoso y peludo, y tiene lo que a todas luces es una cara de lobo, que nos enseña sus largos, poderosos y amenazadores colmillos. Y pese a que sus piernas son humanas, no así sus brazos cuyas manos terminan en lo que claramente son unas garras de lobo. Sin embargo, en algunas partes de sus brazos y de su pecho, que no están totalmente cubiertas de vello, tiene tatuajes extraños en color plateado… Como runas, o unos símbolos bien raros, como ésos que salen en las películas de fantasía, de dragones, de bárbaros o de esas madres de la antigüedad.

Un momento… Ese enorme lobo se me hace muy conocido… Digo, no olvidaría una cosa así, pero ahora mismo estoy tan drogado, que apenas alcanzo a hilar una idea con la otra… ¡Pero si yo lo he visto antes! ¡Claro que sí!… En la fiesta. No mames, lo vi en la fiesta… ¿Me estaba vigilando?

- ¿Qué quieren, quiénes son? – grita Omar, visiblemente asustado al contemplar la

inmensidad del hombre lobo que, de un brinco, desciende al patio central, apropiándose de la zona.

Los vampiros y brujas se echan para atrás y toman espacio, pero hacen círculo alrededor, encerrándolo, como medida preventiva. A manera de respuesta, el hombre lobo vuelve a aullar, impositivo. Y esta vez su grito es aún más amenazador.

- No eres quién. No tienes poder sobre nosotros… ¡Todos a él! – ordena Omar, apuntando hacia el invasor.

Las brujas y los vampiros comienzan a acercarse al animal que, de un manotazo, alcanza a derribar a dos vampiros que volaron justo hacia él, intentando llegar a su garganta. Las brujas le atacan con uñas y dientes; espadas y cuchillos, y aunque lo hieren, él logra propinarles sendos golpes que las tiran al piso, del que no consiguen levantarse. Cuatro vampiros vuelan hacia él y le atacan a mordidas y con sus garras, intentando doblegarlo con su fuerza descomunal. Sin embargo, el hombre lobo levanta los brazos, los toma del cuello, los aporrea uno contra el otro y los avienta a lo lejos. Embravecido, empuña las manos y vuelve a golpear a quien se aproxima, entrando en combate con cada vampiro o bruja que le agrede.

A continuación, el resto de agremiados comienzan a reforzar el círculo encerrando al pobre hombre lobo que, no obstante, no cede terreno y sigue tirando golpes a diestra y siniestra recibiendo ataques, arañazos y mordidas de alta peligrosidad, pero devolviendo el asalto con la misma intensidad. Pero en ese momento, cuando se ve rodeado por decenas de brujas y vampiros que le acorralan y superan en cantidad, por encima de los tejados, y por los distintos niveles de la casa observo, anonadado, cómo descienden otros animales que, veloces, se unen a la pelea: leones de dimensiones míticas que rugen alejando a los contrincantes; tigres de Bengala, grandes y peligrosos; jaguares rápidos y ágiles de garras filosas; panteras elegantes, pero bravas y amenazadoras... Los felinos llegan de refuerzo para el hombre lobo, y enfrentan a los agremiados. Les tiran zarpazos mortales y se lanzan a las yugulares de tres brujas que cayeron fulminadas al segundo.

Conforme avanza la pelea, se van adhiriendo más jaguares, varios linces, pumas, leopardos y otros lobos de gran tamaño. Blancos, cafés, grises... Descomunales, inverosímiles por sus grandes dimensiones y fuerza, dan caza a decenas de brujas, a las que capturan sin demasiado esfuerzo. También se incorporan al ataque perros gigantes de todas las razas: dóberman, pastor alemán, dálmatas, huskies, rottweiler. Incluso hay perros mestizos de todos los pelajes y variopintos. Al igual que los anteriores, todos son grandes, muy grandes y agresivos… Y luego llegan más lobos, siempre enormes y amedrentadores. Hay hasta coyotes y jabalís gigantescos, que rodean y contienen al resto de las brujas, las cuales son anuladas del combate.

Un grupo de orangutanes y gorilas, colosales y atemorizantes como no vi jamás, logran sujetar a otros tantos vampiros y les arrancan la cabeza, con sus propias manos y sin menor reparo. Un par de águilas reales, de alas sobrecogedoras e inmensas, de plumaje espeso, vuelan sobre nosotros, mientras toman entre sus garras y desmiembran a un reducido grupo de vampiros que se convirtieron en murciélagos e intentaron atacar al hombre lobo por los aires. En un santiamén caen fulminados recuperando sus formas humanas. La sangre de los vampiros y de las brujas asesinados empapa el césped, que se irriga a una velocidad vertiginosa.

La pelea continúa y Omar, claramente desesperado cuando ve caer a sus soldados, también se lanza a la batalla y busca combate frontal contra el hombre lobo, el más fuerte de todos los animales. Vuela hacia él y extiende las manos apuntando a su cuello. Logra subirse sobre sus hombros, rodearlo e hincarle los afilados colmillos para sorberle la sangre; pero el hombre lobo lo toma con ambas manos y separa su agarre, quitándoselo de encima de un tirón. Y ahora es él quien se abalanza hacia su cuello y le pega una mordida tan poderosa que consigue decapitarlo de un bocado. Separa el cuerpo de la cabeza de Omar, cuyo rostro mantiene gesto agonizante, incluso cuando rueda hasta nosotros, en el templete, ante la mirada horrorizada de Aven, Makena y Nora. Las mujeres se cubren las caras con las manos y lloran consternadas, incrédulas de la escena que se materializa ante sus propios ojos.

Y yo miro todo el espectáculo desde lo alto, en primera fila; pero inmóvil. Puedo aspirar el olor a mortandad y podredumbre que se desprende de ese líquido viscoso y oscuro, que cubre de púrpura todo el suelo del jardín, que ahora está enchumbado de tanta, tantísima sangre. Observo la desesperación en el rostro de las brujas y los vampiros, que contemplan su pérdida y las bajas de sus agremiados. Apenas quedan unos pocos que han sido bien cercados por sus enemigos a lo largo del patio, en los rincones y en los pasillos. Distingo el éxtasis de celebración de los animales que saben vencedores y lo celebran con gruñidos, graznidos, alaridos y rugidos desgarradores que resuenan incluso en mi caja torácica. Y, sin embargo, apenas alcanzo a experimentar cierta sorpresa, miedo, terror, espanto; algo de emoción… Creo que ni siquiera puedo regocijarme de alivio pues esos pinches animales prácticamente han salvado mi vida en medio de una batalla campal en la que arriesgaron su propia integridad. Y ni siquiera me pregunto ni sé por qué lo han hecho... No siento nada. O bueno, casi no siento nada. Supongo que es debido a la droga que acabo de beber: ese líquido terroso y especiado que me dio Nora… Dos veces.

- ¡Alto!... ¡Detengan esta masacre o lo mataré! Si es tan imporrrtante para ustedes, ¡paren ya! – grita Nora, con la cara descompuesta, hecha un mar de llanto, mientras apunta la daga ya no a mi corazón, sino a mi yugular, para hacer que el corte sea certero, y acabar de inmediato con mi vida, sin posibilidad de rescate.

Yo me limito a respirar y a contemplar la escena. Estoy completamente flácido y relajado. No me sostienen las piernas y tampoco siento las manos. Me mantengo de pie gracias a la cruz de San Andrés que me sujeta por las extremidades. ¡Qué contradicción! Si no fuera por la propia cruz que me tiene preso, caería.

- ¡Vampiros, brujas!... Basta… Ya no peleen… ¡Alto! – ordena Atila, siempre desde el templete. *Pinche culero… Cobarde de mierda, ni siquiera se bajó a pelear con los suyos. A diferencia de Omar que perdió la vida en combate. Valiente líder te agarraste con el Atila, güerita,* pienso mientras siento la respiración agitada de Nora junto a mi rostro.

- Cállate, Zayed… ¡Cállate! – dice como si yo hubiera formulado palabra… Pero, claro, pueden leerme el pensamiento… *Sorry, nena. No es mi culpa*.

- ¡Pido por la vida de mis hermanas brujas y de mis hermanos vampiros!... Sólo queremos un lugar para vivir – exclama Atila en voz alta, pero en tono pacífico, oteando entre los animales. Pasea la vista lentamente de un extremo al otro como si estuviera buscando algo, a alguien.

En ese momento, el resto de los animales hacen espacio, sin descuidar a sus presas, y ceden paso haciendo valla para dar lugar a una figura pequeña que, partiendo plaza, se va aproximando a nosotros. Y conforme se acerca a la tarima, ahora sí que abro mucho los ojos de incredulidad. Pequeña, blanquinegra, tierna y casi indefensa; de ojos dorados brillantes como dos cometas, pero muy altiva, dueña de todo alrededor… ¡Es Demi Moore, mi gata!… *No, no mames. No mames. No mames. No puede ser… ¡Pero es la Demi Moore! ¡Mírala, güey!… Estás pendejo, pinche Negro. ¿Qué pendejadas te metieron estos cabrones?*

Cuando llega al borde de la tarima, celosamente resguardada por el inmenso hombre lobo de las runas plateadas, que es claramente su guardaespaldas, comienza el que quizás sea el acontecimiento más irreal de lo que he que visto y vivido esta noche… Y eso ya es decir bastante: como en una especie de transformación tipo *Sailor Moon* (sí, vi la caricatura, me vale madres), mi gata Demi Moore, rodeada de destellos multicolor, se va convirtiendo en… ¿Humana?

¡Chingada madre! ¡Sí! ¡Se está convirtiendo en humana! Sus patitas traseras y delanteras se vuelven piernas y brazos. El resto de su cuerpo toma una silueta femenina. Su piel se torna blanca y cremosa como la nieve de coco. Su cabello es negro, largo, brillante y sedoso; el cabello negro más hermoso que hubiera visto jamás. Sus curvas son delicadas, pero sexys, y se enfundan en un vestido oscuro, de seda, que cae sobre cada una de sus formas. Y tiene un rostro armónico, angelical… Y sus ojos, ¡Dios! Sus ojos son dorados como dos soles brillantes y poderosos, y me miran con cariño, con ternura… Sólo que ya no es mi gata, mi mascota. Esta es toda una mujer, una mujer bellísima… Que en este momento me retira la vista y se dirige a Nora y Atila, quienes

se plantan junto a mí, y me sostienen de brazos, con la navaja muy pegada a mi cuello, asegurándose de que no pueda escapar con vida.

Una carnada

- Soy Medea y hablo en representación de Dolores Miracle, la gran maestra de los nahuales[13]. Desde tiempos ancestrales esta región ha sido custodiada por nosotros. Llevamos milenios cuidando de estas tierras. Protegiéndolas de brujas malvadas y chupasangre como ustedes. He honrado con mi bendición a ese hombre que tienen ahí, y me ha reclamado como suya, como su nahual – dice la mujer apuntándome, y yo vuelvo a perderme en la magia de esos luceros dorados que me miran con intensidad.

Muy bien. Concéntrate en mí, Zayed. No te distraigas. Mírame, enfócate, parece decir en silencio. Como si sólo ella y yo pudiéramos escucharnos. Igual que sucede cada vez que me habla en silencio gracias a esos ojos tan expresivos que tiene, y que escrudiñan al interior de mi alma con su fulgor tan singular.

- Yo lo vi… Yo lo vi prrrimero… Lo… Lo cacé, lo invité. Aceptó venirrr conmigo – insiste Nora, muy nerviosa.

Nahuales… Nahuales… Cambia formas. ¡El Uay chivo!... ¡A huevo! Los viejitos de los pueblos cuentan historias de brujos que cambian de forma convirtiéndose en animales, sobre todo en chivos, y luego vuelven a su forma humana… Son nahuales… ¿Así se llaman, nahuales?… Bueno… Eso… Entonces… ¿Los hombres lobos también son nahuales?… ¿Y todos estos animales tan imponentes y salvajes… Son personas que se convierten en animales… Y al revés?... Ay, no mames. Ahora sí me va a estallar la cabeza.

- Pero no te pertenece, es nuestro. Está bajo nuestra protección – insiste Medea sin perder la calma.

Su vestido negro y lustroso hace un contraste muy marcado con su piel blanca… Y ahora que lo recuerdo, me pareció verla en la fiesta de la hacienda, junto al pinche hombre lobo… *¡Ay, otra vez, Zayed!… ¡Es el mismo puto hombre lobo de la fiesta! ¿No te diste cuenta, güey?... ¡Es el mismo!... ¡El mismito!... ¡A huevo! Claro que estaban en la fiesta, sólo que no me fijé en ella. Pero a su pinche guarura, el hombre lobo, a ese güey todo mamado sí que lo vi…*

- Este hombre aceptó la invitación de Nora, y fue complacido… Honrando nuestras tradiciones, para celebrarrr el ritual de apropiación del sitio siempre hallamos a un hombre excepcional, oriundo de estas tierrras. Le dimos placerrr. Lo ungimos con los aceites más exquisitos; agasajamos sus sentidos y su espírrritu… Seguimos el ritual para pedirrr permiso a los dioses y residirrr aquí. Son los mismos ritos que se han realizado en otras geografías a lo larrrgo de los tiempos – expone Atila tratando de hablar en tono comedido.

La mujer de cabello negro y ojos dorados escucha atenta y serena. Completamente

controlada de sus emociones, con expresión inescrutable, responde:

- No fue una invitación. Era una trampa. La debilidad de Zayed son las mujeres. Es un hombre excepcional, como dices… Pero es un libertino, hasta su madre lo dice – comenta encogiéndose de hombros, como si nada –. Lo vimos todo. Presenciamos cada movimiento de la rubia, de cómo fue cercándolo y deshaciéndose de todas las otras mujeres que se interesaban por Zayed, hasta que consiguió hechizarlo con su hipnosis. Si esta vampira rubia… Nora no hubiera empleado sus artes de telepatía, Zayed se hubiera ido con esa chica Maricruz… Estábamos ahí, en la fiesta, cuidando de él porque sí, en efecto. Es un libertino.

Libertino… ¡Ja! No me defiendas, comadre. Una cosa es que me lo diga mi mamá, y otra que lo diga mi pinche gata, y así a la cara. ¡Cuánta desfachatez! ¡Faltaba más!, pienso indignado, imaginándome lo ridículo que me veré bufando mientras todos estos seres sobrenaturales se echan un volado por mi vida.

Al instante, Medea entorna la cara para verme y, con el ceño fruncido, me clava esos ojos tan enigmáticos y tan bellos, de nuevo, me habla:

¡Cállate, Zayed! ¡Y sí, eres un pinche libertino! Y si no te hubieras ido detrás de la vampira esta, ninguno de nosotros estaría aquí esta noche. Somos gente ocupada y tenemos otras cosas que hacer, aparte de venir a salvarle el trasero a un pinche libertino como tú!, me grita mentalmente. Lo cual detona en una serie de alaridos, rugidos y graznidos por parte de los animales. Incluso el hombre lobo se aprieta el estómago con las garras y suelta de entre sus fauces lo que parece ser una carcajada… Y, digo, había visto y escuchado aullar a los lobos; pero verlos reír, y a carcajadas, no; me cae que no… Ahora sí que estoy seguro de que esa madre que me dieron a beber tenía LSD o algún tipo de hongo alucinógeno de alto calibre.

- ¡No sentimos su prrresencia!... Si estaban en la fiesta, ¿porrr qué no se manifestarrron? ¿Porrr qué no lo reclamarrron al instante? – increpa Atila, visiblemente ofendido. Y ahí sí me parece que tiene toda la razón. Si se hubieran aparecido al minuto exacto para hablar de lo suyo, luego de chupar dos chelas como la gente… *¡Nos pudimos haber evitado este puto desmadre!*

- Estas son nuestras tierras. No necesitamos anunciarnos en nuestra propia casa. Y si no pudieron detectar nuestra energía es porque la escondimos, precisamente, para ver lo que hacían – añade Medea con la vista clavada en Atila. Y no me dejo de preguntar cómo a estos pinches vampiros pendejos les pasó desapercibido un monigote de dos metros disfrazado de hombre lobo… *¿Pos qué estaban pensando?... ¡Un momento! ¿Cómo que se escondieron de los vampiros y las brujas para ver qué hacían?... Entonces… ¿Era yo una pinche carnada? No mamen… ¡Estaban esperando para ver qué hacían!… Sigo aquí atado, semi en pelotas, porque los pinches nahuales querían ver qué hacían… ¡Vayan todos y chinguen a su madre!*

- Tiene… Tiene que haberrr una manera. ¡A lo largo de los tiempos habido generaciones de brujas yendo y viniendo entre los continentes! – expone Nora más recuperada. De hecho se le ve altiva, desafiante.

Medea toma aire, achica los ojos y contesta a la mujer:

- Somos los guardianes de estas tierras. Nosotros, nuestros padres, nuestros abuelos... Los nahuales protegemos humanos, animales y preservamos toda especie viva desde tiempos ancestrales. Las brujas y los vampiros no son bienvenidos. Ninguno de ustedes en absoluto. Ni brujas, ni vampiros. Zayed Abdul cuenta con la bendición de los nahuales. No tienen ningún derecho sobre él. Más vale que lo suelten ahora mismo. Si lo matan, si le infringen el menor daño, acabaremos con todos ustedes… Y cazaremos a los que escapen… Incluidas a las brujas que pactaron con nosotros siglos atrás… Todos pagarán por ustedes – interviene Demi Moore… O Medea, y yo no puedo dejar de admirar su piel clara, su cabello negrísimo y sus ojos áureos tan fantásticos.

- ¡Eso! ¿Qué pasa con las brujas que viven aquí? Investigamos. Llegan siglos viniendo al nuevo mundo. ¿Por qué no nos dejan quedar? – grita Aven, a lo lejos, sometida bajo las poderosas garras de un jaguar y un lince que la mantienen a ras de piso.

Medea voltea hacia ella, girando sobre su propio eje. Toma aire y extiende las manos en un ademán muy tipo Eva Perón, y habla a todos los sobrevivientes para darles una explicación y una especie de alternativa:

- Estas tierras siempre han estado protegidas por nosotros. Los brujos y las brujas que se quedaron, aceptaron no hacer más sacrificios humanos o animales. Practican sus artes místicas sin afectar a terceros, siguiendo unas pocas reglas, bastante simples: 1) jamás lastimar a un ser humano; 2) si asesinan a un animal es por mera subsistencia, como alimento; no para hacer encantamientos ni hechizos; 3) no hacer brujerías de amor para afectar humanos ni animales; 4) no llamar demasiado la atención con sus poderes sobre naturales, ni hacer mal uso de ellos; 5) reportarse permanentemente al consejo de nahuales, que los vigila de manera constante – termina uniendo las palmas, mirando especialmente a las brujas en caso de que acepten lo que es a todas luces una tregua y una invitación.

- ¡Pero perderíamos nuestra juventud, nuestra vida eterna! – grita Makena, del otro lado, mientras la sujeta de los brazos uno de los poderosos gorilas, que se mantiene en silencio y se limita a bufar sobre el cuello de la bruja con piel de chocolate.

- Aquí las brujas practican sus artes sin humanos o animales. Llevan una vida corta, pero feliz. Algunos viven por más de cien años… Lo toman… O lo dejan. Lo cual significa que ahora mismo hacen el pacto con nosotros, o mueren a manos de los guardianes del nuevo mundo –

responde Medea sosegada, con sangre fría. Y hasta yo me estremezco con su determinación. *¡Firmen, pinches brujas! ¡Firmen!... Creo que ya se me está pasando el efecto de la droga… Buena onda, güey.*

- ¡Cien años no son nada! – grita otra de las brujas, boca abajo, sobre el césped, bajo las filosas garras de un león.

- Si quieren quedarse, es lo que hay. Una vida mortal, pero buena. Con nuestro permiso y bajo nuestra custodia. Si no, mueran ahora mismo.

Y al instante, mediante un ademán de Medea, los animales liberan (sin dejar de vigilar) a las pocas brujas que sobrevivieron. Las mujeres se ponen de pie, levantan la cabeza y acomodan sus ropas.

- Y ahora, hechiceras, ¿firmarán el pacto con los nahuales? – pregunta Medea con decisión.

- ¡Firmaré! – exclama Aven, levantando la mano.

- Y yo – reitera Makena.

Y con ella las otras brujas (unas veinte), quienes se amontonan y levantan las manos en señal afirmativa a la propuesta de Medea. La mujer mira complaciente la rendición de esas hermosas hechiceras que, sin pensarlo demasiado, suscriben el convenio y abandonan su asociación con los vampiros. Ahora, Medea se vuelve hacia Atila y Nora, levanta la ceja y les mira desafiante.

- Liberen a ese hombre ahora mismo – ordena apuntándome.

De inmediato, Nora toma la navaja de obsidiana y corta las correas de piel que me sujetan las manos y los pies. Y cuando siento el peso de la gravedad, la fuerza de la atracción jalándome hacia el piso, cuando creo que voy a caer de bruces, siento las poderosas manos de un orangután, que huele como los changos del zoológico. Me toma entre sus brazos, carga conmigo y de un brinco me lleva hasta los pies de Medea. Aún drogado, sin ser completamente dueño de mí mismo, logro sentarme, aferrándome al poquito de dignidad que aún me queda.

La mujer mira hacia abajo y acaricia mi cabello. Me sonríe y yo siento que el resplandor de sus ojos de fuego me baña con una serenidad que quizás sólo haya conocido en casa con mi familia… Con mi mamá.

Bien. Muy bien. Lo hiciste bien, Zayed. No te preocupes. Ya pasó todo. Mañana esto no será más que una pesadilla, escucho su voz retumbando en cada resquicio de mi mente. Es ella, Medea, Demi Moore, que me habla con su voz sedosa, tranquilizadora.

- ¡Traidorrras! ¡Malditas traidorrras! – estalla Nora, deshecha en llanto, desde el templete

– Sí, pactarrron con las brujas, pero ¿qué pasarrrá con nosotrrros?... Casi ya no hay espacio para nuestrrras generrraciones en el viejo mundo. No tenemos a dónde irrr.

El tono de la mujer es de súplica, de congoja. Y casi siento pena por ella, por Atila, y por la docena de vampiros y vampiras que sobrevivieron al ataque, y que siguen bajo el sometimiento de los nahuales.

- Por algo los están corriendo – se limita a decir Medea, con tanta indiferencia… Sí, como la canción esa de *Cien años*… Vaya, buen tema para brujas, nahuales, vampiros y otros seres inmortales.

- ¡No tenemos a dónde irrr!… Los tiempos y las tecnologías cada vez son más veloces. Los humanos nos buscan, nos cazan… ¡Nos graban! ¡Nos toman videos y los suben a sus redes sociales!... ¡No vivimos con tranquilidad! Ya no hay temorrr a lo desconocido. Los mitos se pierrrden. ¡Ya no hay respeto! A través de la historrria brujas y vampiros han unidos sus fuerzas para establecerrr colonias; para obtener alimento y cuidarrr unos de otros… Como sucedía desde la antigüedad. El nuevo mundo, esta región al surrr de México parecía inexplorrrada, salvaje… A pesar de los avances de la modernidad, que también hay llegado hasta aquí… ¿Qué vamos a hacerrr? Si no es aquí… ¿A dónde vamos a irrr? – discurre Atila más moderado que Nora, pero aún alterado. Y dado lo que acaba de expresar, su preocupación no es para menos… *Güey, ¿sí recuerdas que son vampiros y que trataron de asesinarte? No muestres la menor simpatía por esas bestias.*

De nuevo, como parece ser un rasgo recurrente en su persona, Medea vuelve a tomar aliento, y se lo piensa por unos segundos antes de emitir alguna propuesta:

- ¿Argentina quizás? – pregunta y vira a ver al hombre lobo que se encoge de hombros a manera de respuesta.

- ¿Arrrgentina? – pregunta Atila, algo confundido, pero interesado.

- Están muy al final del continente; y diría que son los más europeos de toda América… Además, no entra en mi jurisdicción – justifica Medea con absoluto desinterés.

- Argentina – repite Nora y contempla al vampiro, quien se lleva una mano a la barbilla con gesto reflexivo.

- Eso o regresan al viejo mundo. O acabamos aquí mismo y de una vez con las dudas que les pudieran quedar – amenaza Medea, ahora ofendida por la dubitación de Atila, que parece pensarse demasiado una serie de opciones que no posee.

- ¡Sí! ¡Argentina!... Nos iremos… Mañana verrremos los vuelos… Viaje en barrrco… La distancia es muy larga para viajar en nuestra forma de murciélagos… Mañana marcharemos para

allá – se adelanta Nora ante la amenaza de Medea, que estaba dispuesta a dar la orden al resto de los nahuales para que terminaran en ese preciso instante con la vida de sus rehenes.

- No. No será necesario… Se irán ahora mismo – contesta Medea con tono firme.

Se da vuelta, custodiada por el poderoso hombre lobo, y camina hacia la ceiba de un tronco alto y grueso. Dirige la mano hacia el árbol y le presenta la palma. Entonces, del interior del tronco, brota una especie de fuego dorado, un halo místico que crea una especie de…

- Sí, Zayed. Es un portal – responde Medea quien, de pie junto a la ceiba, vira a verme con los ojos llenos de ternura.

A continuación, los animales obligan a sus presas a ponerse de pie y caminar hacia el interior del tronco que despide ese impresionante portal de luz. Los nahuales custodian a Medea, haciendo una valla para que los vampiros sobrevivientes, incluidos Nora y Atila, atraviesen de no muy buena gana el pasaje espectral y lleguen a Argentina... Supongo.

Y sí, estoy seguro de que ésta será la última ocasión en que mire a Nora quien, bella y arrogante, no se volteó ni un segundo a mirarme aunque fuera para despedirse de mí… No sé, por los viejos tiempos… Deveras que a uno no más lo quieren como objeto sexual, me cae.

- Jajajaja… Eres increíble, Zayed. ¡No cambias! – explota en risa una Medea risueña y tranquila, cuando el último de los vampiros atraviesa el portal, y el tronco vuelve a su forma original.

- ¡Pero si no hice nada! – exclamo ya más recuperado de las drogas que me dieron esas pinches brujas. Y aunque le respondo con bastante claridad, no puedo apartar los ojos de su rostro, de sus curvas, encandilado por su belleza.

Trato de reincorporarme y extiendo la mano hacia ella para tocarla, cuando siento el peso de una mano poderosa sobre mi hombro. Levanto la vista y lo encuentro. Se me eriza la espina dorsal con el brillo de esos colmillos tan fieros, de esa mirada penetrante y amenazadora.

Ni se te ocurra, Zayed. Medea me pertenece, escucho en mi cabeza. Y es un tono de voz distinto, bajo, grave. Con un acento extranjero… ¿Ruso? No sé ni me interesa. Con una advertencia me basta. Así que me limito a levantar las manitas en señal de rendición, y sonreír a ese hombre lobo tan inmenso y bestial que me salvó el pellejo de los putos vampiros.

- Sí, señor… Claro que sí. Muchas gracias – comento entregándole la mejor de mis sonrisas, lo cual parece aplacar al hombre lobo que se yergue de nuevo, ignorando mi presencia, acto que agradezco hasta lo infinito.

- Sé que tienes muchas preguntas – dice Medea inclinándose un poco para entablar contacto visual. Sigo sentando sobre el césped, semidesnudo y débil. Es verdad, estoy un poco

más recuperado, pero no consigo ponerme en pie.

- Muchísimas… Muchísimas preguntas, Demi Moore – comento llamándola por su nombre, el que yo mismo le di cuando nos conocimos y me cautivo con su mirada mágica e inigualable.

- Desgraciadamente no puedo responderte… Los humanos no podrían soportar la verdad. Lo lamento, Zayed. Ahora vístete – ordena y, al momento un brioso jaguar grande y gallardo se detiene a mi lado y deja caer, de entre sus fauces, mis pantalones y mi camisa.

Trastabillando, me pongo de pie con ayuda del hombre lobo que me sujeta del brazo. Consigo vestirme, mantener el equilibrio y permanecer de pie junto a Medea. Y ahora que estoy de pie, tan cerca de ella, noto que es realmente alta, y sí. Muy bella.

- Vas a hacer que me sonroje – contesta coqueta, sonriente, inclinando un poco la cabeza… Y yo sólo siento el bufido ardiente del hombre lobo, parado detrás de mí, que está ostensiblemente encabronado, porque su vieja, esposa, novia, amigovia, interés amoroso, su crush, o lo que sea que se traigan estos dos, está coqueteando conmigo… Como si yo tuviera la culpa.

- Y ahora, cierra los ojos… – ordena enderezando la espalda, dirigiendo su mano hacia mí.

- ¿Volveré a verte? – pregunto sintiéndome huérfano de repente. Haberla conocido, hablar con ella, sentir su calor tranquilizante para luego dejarlo ir se me hace un trago demasiado amargo.

- Por supuesto que me verás, Zayed. A mí y a Dominick – añade sin perder la sonrisa.

- ¿Dominick? – pregunto, y a manera de respuesta escucho un rugido a mis espaldas. Y por si alguna presentación fuera requerida, ya no hay más necesidad. Dominick: el hombre lobo tiene nombre… Y sí, suena como a ruso… O alemán.

- Me encantó conocerte, Medea – digo en voz baja, con agradecimiento y con devoción, la neta.

- También a mí, Zayed. Ahora duerme, querido…

Y es lo último que escucho antes caer rendido al encanto de sus ojos brillantes como dos luceros… Hasta que todo alrededor se pinta de negro.

Las canciones más cursis

Siento la boca pastosa y una molestia en los ojos que me arden. Es una especie de brillo cegador. Los párpados me pesan, pero consigo abrirlos a duras penas. El sol radiante hace que vuelva a cerrar los ojos y me lleve las manos a la cara. Tomo aire, muevo la cabeza y despejo la mirada. Reconozco a mi alrededor: la piscina, los árboles, el jardín, el tobogán, el arenero y el área de juegos para niños. Es la casa de mi cuate Mauricio, la que tiene en el puerto de Telchac, y estoy recostado en una de las tumbonas del patio. *¿Cómo chingados llegué aquí?*

Me ataca una punzada. Un fuerte dolor de cabeza que irradia en cada parte de mi cráneo, como si tuviera un taladro en toda su potencia escarbando para llegar a mi cerebro. Además hay un sabor amargo en los labios… *Demasiada cerveza, como dice Sabina,* pienso paladeando, y trato de levantarme; pero no tengo fuerzas para hacerlo. Me siento débil, abatido y aparte hay algo pesado y caliente sobre mi pecho que me detiene y…

- ¡Ay, güey! – exclamo al sentir la vibración del ronroneo y el cuerpo tibio de la Demi Moore que se acurruca sobre mi pecho, cerca de mi garganta, junto al corazón.

- ¡No mames! Pinche susto que me metiste, Demi Moore – le digo y la cargo entre mis brazos. Me reincorporo y permanezco sentado. La abrazo y la acaricio. Ella levanta la barbilla buscando mi tacto; y cierra los ojitos, reconfortada.

- ¿Quién es la michi más bella del sistema planetario solar? A ver, ¿quién, quién? – pregunto mamón, entablando diálogo con mi gatita, como hace esa pinche bola de catlovers que atiborran las redes sociales con videos y fotografías ridículas de sus gatos… *Y aparentemente ahora yo soy uno de ellos… Desde que Demi Moore llegó a mi vida, y la adopté.*

Curioso: pese a mi dolor de cabeza, y en medio de una resaca de antología, abrazar a Demi Moore me reconforta y alivia, mejorando mi estado. Al punto de que, súbitamente, siento ánimos de cargar con ella y cantarle con ternura (como es nuestra costumbre de todas las mañanas) la canción más cursi de Leonardo Favio… Es que sí, me gustan mucho los cantantes argentinos de los años setenta:

Y yo te iré contando

Tantas cosas bonitas.

Como el día en la playa

Cuando te conocía.

Cómo jugaba el viento con tu pelo de niña.

¡Ay, qué suerte! ¡Qué suerte!

Tu mirada y la mía.[14]

Termino de interpretar el último verso cuando los bellos ojos dorados de mi gata se cruzan con los míos, y mi corazón de baña de paz, y hasta de alegría. Incluso me parece que la cruda cede un poco. Ligeramente, pero aminora.

- Ya, nena. Vamos a almorzar. Tengo un chingo de hambre. Mira que puedo comerme un toro – le digo y la dejo en el piso. Cuando me pongo de pie descubro, junto a mí, a ese gigantesco perro blanco, que estaba igual de dormido que Demi Moore y yo.

- ¡Domingo! ¿Qué onda, carnal? Vamos a comer, cabrón. No te quedes aquí, bajo este sol que raja piedras. Ayer compré pollito, y quedó bastante, así que les voy a invitar – le digo a Domingo, la mascota de Mauricio, para luego caminar hacia la cocina integral, de alta tecnología. Me encojo de hombros. Es el estilo que le gusta a la esposa de Mauricio.

Atravieso el jardín, paso debajo de la terraza techada e ingreso a la casa, seguido por los animales, que caminan a mi ritmo. Abro el refrigerador y encuentro una jarra de jugo de sandía, que tiene una nota pegada en el cristal. La tomo y la leo:

Para ti, cariño. No digas que no se te quiere. Nos levantamos temprano y fuimos con los niños a la playa. Mi vieja dice que la sandía es buen remedio para recuperarte de la cruda. A tu salud, bro… Te quiere, Mauricio.

¡Jajajaja! Chingada madre. Pinche Mau… Luego por qué andan pensando que somos gays. Todos dicen que somos maridos. ¡Ah!… Al carajo. Pego la nota en la puerta del refrigerador. Busco el recipiente con el pollo y extraigo la jarra. Avanzo hacia la mesa ubicada al centro y asiento todo. Cuando me voy a servir de la bebida, algo en el color y la densidad de líquido me remueve una serie de pensamientos. Entrecierro los ojos y, entonces, una imagen borrosa va cobrando nitidez en mi cabeza: la fiesta en la hacienda, la rubia guapísima, la casa en la playa, la habitación, el baño… *¡La madre! ¡Lo que hiciste en la habitación y en el baño, güey!… Las brujas, los vampiros… Nora, Atila… Medea. No mames, no mames, no mames…*

Vuelvo a abrir los ojos, y me tambaleo por un instante. Me sujeto al borde de la mesa. Aspiro y respiro con dificultad a causa de la impresión. Camino hacia el fregadero y dejo correr el agua. Me lavo la cara, froto cada recoveco de mi rostro. Busco una toalla de papel y me seco. Me sujeto a la repisa del fregadero, sumergido en mis propios pensamientos, tratando de encontrar una lógica.

- ¡Miauuuuu! – el maullido, cuyo tono reconozco de inmediato, me hace mirar hacia abajo.

Encuentro a Demi Moore, tierna, blanquinegra, con sus ojos dorados y místicos,

observándome. Y yo me quedo petrificado. Aterrado. Siento que me falta el aire. Camino hacia la mesa, jalo una silla y me dejo caer. Me doblo resguardando la cara entre mis manos. *Fue una pesadilla… Pero todo fue demasiado real… Muy real.*

- ¡Guau! ¡Guau! – el poderoso ladrido de Domingo me obliga a mirarle.

Junto a él, Demi Moore, se sienta con la espalda bien plantadita y clava su mirada en la mía.

Toma el jugo, Negrito. Lo hicieron para ti, te sentará bien, escucho una voz grave, seductora, tranquilizante. Es la misma que llega a mi mente cada vez que entablamos contacto visual.

No, esto no puede ser… Es una pesadilla. Sólo eso… No, güey. Mírate la ropa. Estás todo descompuesto y desparramado… Hediondo… ¡Cerveza! ¡Mucha cerveza!...

Levanto la cara, palmeo mis muslos. Recuerdo y reconstruyo cada escena en nanosegundos. Y repito y repito cada cuadro, cada gesto, cada roce de su piel hasta que percibo un tacto suave y cálido. Miro hacia abajo. Demi Moore extiende una de sus patitas y la asienta sobre mi muslo. Y me mira con esos ojos dorados, resplandecientes como un campo de trigo.

Todo está bien, Zayed. Fue sólo un mal sueño. Bebe la sandía. Te sentará. Date un baño. Todo esto tiene una explicación: la hacienda, la fiesta, Maricruz. Todo está en orden… Es esa voz; la misma voz grave y bonita, que me hace volver a la calma cada vez que la escucho, cada vez que se cruzan nuestras miradas. Sí, sólo fue un mal sueño. *Bebiste demasiado. Todo parece muy real, pero tiene una explicación. Fuiste a la fiesta, cantaste, bebiste… ¿Y lo demás?... Si todo fue un sueño, ¿cómo chingados volví anoche?* Y mi corazón, que comenzaba la calmarse, vuelve a latir revolucionado al no encontrar respuestas a tantas, tantísimas preguntas. Pero Demi Moore maúlla de nuevo y recupera mi atención… Y yo me olvido por un momento de la fiesta y el caos de anoche porque hay un gran ausente en toda esta ecuación.

¿Dónde chingados está el carro?... ¡Mi Maverick!, me cuestiono alterado, poniéndome de pie en busca de respuestas.

Está en la puerta de la casa. Justo en la entrada, donde lo dejaste anoche. Bebiste demasiado, pero lograste manejar y volver a casa de Mau sin problema, insiste esa voz aterciopelada. Pero no me fío. Avanzo por la cocina, camino a la sala, voy para el zaguán, la terraza delantera y camino hasta la entrada. Mi Maverick, impoluto y lustroso, se encuentra a las afueras de la casa.

¡Allá está! ¿Qué chingados?, me pregunto debatiéndome entre el alivio y la consternación mientras me llevo las manos a la frente.

- ¿Despertando apenas, bella durmiente? – oigo detrás de mí otra voz que reconozco de inmediato.

- ¡Mau! ¡Güey!... – exclamo cuando lo descubro alto, guapo y mamado (¡No soy gay! Pero mi carnal tiene tales dotes, todo hay que decirlo) regresando a la casa con la ropa de playa, mojada, mientras carga a Dulce, su nena de un par de años a la adora con locura… No puedo contener la risa al ver tan domesticado a mi cuate con este su nuevo rol de padre, pero qué pinche tranquilidad me da verlos.

Me abalanzo a ellos y los abrazo. Tomo a Dulce en mis manos, la acurruco y la lleno de besos. La niña rompe en carcajadas mientras Mauricio me mira con cara de what, totalmente extrañado.

- Y ahora, ¿a éste qué le pasa? – comenta otra voz que identifico. Es Emma, la esposa de Mauricio. La rubia escultural, la niña genio, neurocirujana y accionista de la clínica de altas especialidades más exitosa de la región.

- ¡Emma! ¡Preciosa! – grito entregando la niña a su papá, para abalanzarme sobre Emma y abrazarla, aliviado.

Ella levanta las manos permitiendo el contacto y ríe a carcajadas por mi efusividad. Pero Mauricio, nada feliz, interviene, y me aparta de su esposa de no muy buenos modos.

- ¡Ya, güey! Cálmala, bro… – me advierte y yo me separo de su mujer inclinando la cabeza en señal de disculpa.

- ¡Ay, pero si está eufórico!… Espero que no te hayas metido nada, Negrito – me regaña Emma, apuntándome con el dedo, aún divertida. Luego carga a su niña y nos dirigimos hacia la entrada de la casa. Y les cuento.

- Es que… No me van a creer lo que pasó… No me lo van a creer… Ayer, en la fiesta… La hacienda… Los baños... Una rubia, preciosa. Igualita a Nicole Kidman, pero sin botox, cuando era joven; pero rumana, ucraniana, o una cosa así… De por allá de donde es Drácula… Nora… Sí, Nora… Y luego la casa en la playa… Las brujas… ¡Y los vampiros! Atila y Omar... Y los nahuales… Los nahuales que me salvaron el pellejo… ¡Demi Moore y Domingo son nahuales!... ¡Y no se llama Domingo, su nombre es Dominick! – exclamo aferrándome a la camisa de Mauricio, tratando sintetizar el argumento más lógico que se me ocurre, aunque sé que mi relato puede sonar, cuando menos, rocambolesco.

- ¡Pues sí que estuvo bueno lo que te metiste!... Güey, pensé que ya no le entrabas a los ácidos – me reprende Mauricio en voz muy baja.

- No, carnal. No me meto ni un churrito de mota desde que tenía diecisiete años. Te juro

que…

- ¿Los nahuales son como los cambia formas? ¿Los humanos que se transforman en animales y luego regresan a su forma humana? – escucho una tercera voz masculina, grave, con un acento peculiar.

Descubro que a unos pasos de nosotros se encuentra el jeque Adam Jaziri[15], de piel tan cobriza como la mía, y casi con rasgos árabes similares a los míos (pero él sí es emiratí, y magnate). Lo acompaña su esposa Camila, morena, guapa, belleza mexicana; otra cirujana, la mejor amiga de Emma.

- Sí, sí… ¡Esos!... ¿Qué, qué hacen aquí? – pregunto mientras los saludo. También vienen con ropas de playa.

- Llegamos ayer. ¿No te dijo Mauricio? – pregunta Camila, dándome un beso en la mejilla.

- Sí, creo… Se me olvidó... ¡Pero qué gusto verles! – respondo.

Todos caminamos rumbo a la casa. Las chicas platican sobre cualquier cosa. Mauricio y Adam comentan algo de la playa, y yo los sigo sumido en mis pensamientos… No puedo decir nada más. Ya parezco loco.

Me dirijo a la cocina, vuelvo a la mesa y doy un buen trago a mi jugo de sandía que me hidrata como el suero más potente. Mauricio se acerca a nosotros y asienta la comida a Domingo, que luego de saludar emocionado a su amo, se vuelca sobre su recipiente a devorar el alimento.

Junto a mí, Demi Moore vuelve a estirar la patita tocando mi muslo, exigiendo su comida. En sus ojos hay un brillo de recriminación: *¡Te olvidaste de mí!*

Y yo me dispongo a colocar un poco de pollo en un platito y lo deposito en el suelo junto a ella, para luego reincorporarme y mirarla comer. Me sirvo otro vaso de sandía y me siento junto a la mesa. Escucho la conversación de las chicas, pero no les presto demasiada atención. Me parece ver que Mauricio se dirige a la sala para tomar una llamada y entonces observo a Adam asentando un poco de comida en un tazón que deposita en el suelo, junto a Domingo.

- ¡Ven, Paco! – ordena y, al instante, asoma un perro mestizo, de ojos alegres, que saluda a Adam, pero que de inmediato acompaña a Domingo para ingerir sus alimentos.

Adam se levanta y camina a la mesa, se sienta junto a mí. Pone la mano sobre mi brazo, lo que me hace alzar la cara para verle. Y me habla en voz baja, cuidando que nadie lo escuche:

- En mi tierra no tenemos nahuales… Pero están los *dijins*… Como los genios de la lámpara maravillosa… Y bueno, tenemos faquires y encantadores de serpientes. En mi cultura la

magia no nos es ajena, y… No le digas esto a Camila, pero a veces siento que Paco entiende más de lo que parece. Es demasiado inteligente. Mucho, muy inteligente para ser sólo un perro – su voz es un susurro.

En sus ojos negros de cejas tan tupidas como las mías, en el cuate que menos imaginé, alcanzo a encontrar algo de comprensión a la experiencia o el sueño más bizarro que haya tenido nunca.

- Gracias, bro – le digo genuinamente conmovido.

- Y ahora mejor te das una ducha y te cambias… Porque una cosa es la excentricidad y otra apestar a chivo – comenta y suelta una carcajada.

Yo sujeto los bordes de la camisa con la punta de mis dedos y me olfateo a mí mismo. *¡Ah, chingada madre! ¡No jodas! Rujo como pantera. Apesto como el carajo*. En silencio, sin hacer ceremonia alguna, abandono la cocina en medio de un ambiente distendido de amigos. Voy a mi cuarto que está al final del pasillo (cerca de las cinco habitaciones que tiene esta casa tan grande), camino al baño, a la ducha. Me deshago de toda la ropa que, sin dudarlo, tiro al bote de basura. Ni manera de rescatarla.

Me meto bajo el agua fría que no sólo me rehidrata, sino que despierta mis sentidos. Permanezco bajo el chorro durante no sé cuánto tiempo. Luego me froto bien con la esponja y el jabón de ducha; me lavo el pelo a conciencia y me enjuago todo. Dejando que la suciedad se escurra con el drenaje junto con las pesadillas.

Cierro la llave, tomo la toalla. Me seco bien, y me visto con una camiseta deportiva y unas bermudas. Cuando abro la puerta y regreso a mi cuarto, descubro sobre la cama a la hermosa Demi Moore recostada, acicalándose con ese gesto de grandeza que es tan suyo, como si fuera la mismísima reina, como si todo le perteneciera. Yo incluido.

Creí haber cerrado la puerta. ¿Cómo entró?, me pregunto, pero en ese momento la gata levanta la cara y me contempla con sus divinos ojos de fuego… Y, encandilado con esas hermosas pupilas tan mágicas, me olvido de todo. Como ocurren siempre que intercambiamos miradas y caigo rendido a su resplandor hipnótico. Una sensación de paz se irriga por toda mi alma. Sonrío, me acerco a ella. La cargo y la abrazo con devoción; y comienzo nuestra rutina de siempre de cantarle a ella, sólo a ella, las canciones más cursis de mi repertorio… Robado a otros compositores, claro está:

Anny, Anny, Anny

yo sólo te quiero

En el momento que estás conmigo.

Anny, Anny, Anny

yo no te amo.

Y, sin embargo, te necesito.

¡Tanto! ¡Tanto! ¡Tanto!

Que ya no puedo…

Que ya no puedo…

¡Vivir sin ti![16]

Gracias

Y en este momento no me queda más que agradecerte por tu atención y tu tiempo. ¡Gracias, muchas gracias en verdad!

Si eres nuev@ por acá, te invito a conocer mis novelas. Todas están en formato digital por Amazon… Te llevarás una que otra sorpresa. Si no eres nuev@ y ya me has leído antes, aviso: ésta NO es la novela romántica del Negro Abdul. Esta sólo fue una aventura digna de él. Pero ya tendrá su propia historia en la que será el gran protagonista. Y será romántica, trágica y cómica, como es todo alrededor de Zayed, que es especialista en convertir sus desgracias en chistes. Y sí: vas a reír y a llorar… Y seguramente vas a querer romperle un macetero en la cabeza, como le sucede a cada mujer que lo conoce.

Mientras tanto, si quieres conocer más acerca de los nahuales, algunos mitos y leyendas de Mesoamérica, y los personajes de Dominick y Medea, te invito a leer *El tiempo, la distancia y el encanto de tu amor*, donde puedes encontrar el génesis de esta novela corta… Te dejo un extracto.



El tiempo, la distancia y el encanto de tu amor

- Lo siento, mi amor – lloraba Kathy aferrada a su gata, sin dejar de acariciar su cabecita. El animal observaba con sus brillantes ojos a la que fuera su rescatadora, su dueña, su todo. Fue una mirada prolongada en la que Vaquita, en silencio, parecía decirle tantas cosas. Como si supiera que era la última vez que la abrazaría, la última vez que la vería; como si fuera consciente de que aquello era una despedida.

- Lo lamento tanto, Vaquita… Dios, ¡cómo me vas a hacer falta! – clamaba sin soltarla, acariciándola con fervor. Kathy tenía los ojos hinchados, rojos de tanto llorar; la cara descompuesta, compungida. A Xavier se le encogía el corazón al ver el desconsuelo de su esposa.

Un par de días antes descubrieron que la gata no quería comer, que parecía débil y retraída. Luego de un análisis preliminar, la propia Kathy (que era veterinaria de profesión) la llevó a la clínica de especialidades donde trabajaba. Uno de sus colegas, oncólogo veterinario, le informó del avanzado estado de la enfermedad de su mascota. Sólo pudieron darle medicamento para paliar el dolor por unos días mientras le hacían análisis y valoraban su evolución; pero desde que obtuvieron un diagnóstico preciso, Kathy tuvo muy claro que el final de Vaquita estaba cerca, y por mucho que fuera a extrañarla, no quería hacerla sufrir ni prolongar su dolor. Dormirla era el único camino, y la salida más compasiva…

Fue difícil separar a Kathy del cuerpo inerte de Vaquita. Xavier necesitó de mucha fuerza y de todo su aplomo para conseguirlo. Cuando el corazón de la gata dejó de latir, el veterinario en turno verificó una última vez con el estetoscopio. Asintió con la cabeza en dirección a Kathy comunicándole que su mascota había partido al más allá. Ella le devolvió el gesto, también en silencio. Posteriormente, una de las asistentes de la clínica tomó el cuerpo del animal y lo llevó al crematorio. Horas después, el matrimonio regresaba al departamento con una hermosa urna de madera donde yacían los restos mortales de Vaquita, convertidos en cenizas.

Xavier toma a su esposa por los brazos y la lleva a la habitación. La conduce a la cama y la hace recostarse. Luego se encamina al balcón y abre las ventanas que daban a un parque cercano, lleno de árboles altos y frondosos. Es una noche más oscura de lo habitual, pero entra una brisa fresca y agradable, muy poco usual en la bulliciosa y gris Ciudad de México (CDMX).

- Ya pasó, cariño; ya pasó. Está en el cielo de los gatitos – le dice con ternura y se acuesta junto a ella, abrazándola, acercándola a su pecho, mientras la chica continúa llorando por su dolorosa pérdida.

- Gracias – susurra Kathy aferrada a su marido.

- ¿Por qué? – pregunta él, alejando un poco el rostro para verla, pero sin romper el abrazo.

- Por estar conmigo, por acompañarme – responde ella un poco más resignada.

- No tienes ni qué decirlo, Kathy. Sé cuánto la querías. Y recuerda: en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en lo próspero y en lo adverso. Lo dijimos frente al altar y con doscientos testigos de por medio. Te amo, Kathy… Iría contigo al fin del mundo – le comenta con una sonrisa tierna, mirándola fijamente.

Kathy se pierde en aquellos ojos azules tan hermosos de su marido, y sonríe entre lágrimas, conmovida. Llevan un año de casados, pero antes estuvieron de novios por otro buen rato. Entre ellos se había formado un fuerte vínculo de cariño, solidaridad, empatía, amor y pasión. Eran dos solos contra el mundo que un buen día se encontraron, y que nunca más pudieron separarse, paliando con su respectiva compañía cada momento de miedo, abandono, rencor y amargura. Y ahora, a base de cariño, paciencia y deseo, mucho deseo, son más que sólo amantes fogosos buscando placer uno del otro, como cuando comenzó su relación, en la que primaba la atracción y el deseo sexual. Ahora también son confidentes y amigos. Son una familia.

- Yo también te amo, Xavier. Muchísimo.

Él lleva una mano al vientre abultado de su esposa, donde se gesta el nuevo integrante de los Moctezuma-Aguilar. Se trata de una niña que, de acuerdo con la última ecografía, goza de perfecta salud y que estaría con ellos dentro de unos pocos meses. Kathy y Xavier se dan un beso corto y permanecen así, abrazados, cerca del ventanal, bajo el halo de una enorme luna que emergió intempestivamente en aquella noche que ya no es oscura, pero que aún es muy triste, aunque ahora se extiende clara, tan refulgente y tan distinta.

A lo lejos, en un parque cercano al departamento, de pie junto a uno de los árboles se dibuja una silueta alta y delgada, femenina. Lleva un vestido blanco que se desdibuja en su sedosa piel de porcelana, y que contrasta con su cabello largo y negrísimo, movido por el viento destelleando brillos, como si cada hebra fuera un delgado hilo de ónix. La mujer, de facciones armoniosas y rostro juvenil, levanta el rostro hacia el balcón de los Moctezuma. Sus ojos entre dorados y amarillos se llenan de lágrimas. Respira con dificultad. Siente un vacío en el pecho. Las despedidas siempre son duras, y a pesar de toda su experiencia, de tantas misiones y de tantos años, partir siempre es la parte más difícil del proceso. Especialmente con Kathy, que era una buena chica, una muy buena amiga, pero que ya no la necesita. Su misión con ella ha terminado.[17]

- Medea – la voz grave y sedosa la saca de su ensoñación.

Medea desvía la mirada hacia ese timbre grave con pronunciado acento germano que no escuchaba hace demasiados años, pero que reconoce al instante. *Licántropo. Licántropo,* se repite en silencio evocando a su clan. El hombre camina hacia a ella, iluminado por los rayos de una luna esplendorosa, monumental. *Una luna de licántropo*. Lo descubre tan alto y tan grande como la última vez que se reunieron décadas atrás. Siente un brinco en el corazón al encontrarse con él. Repasa su rostro armónico, su nariz patricia, sus labios tan suaves. Baja la vista hacia su cuello, a sus hombros fuertes, sus brazos esculpidos, tatuados con runas. Se pierde en sus ojos cafés, en su cabello corto, plateado; en su tez clara, pero bronceada.

- Dominick – susurra en un esfuerzo por confirmar que la imagen frente a sus ojos es real, física, material, tangible. Quisiera estirar la mano para tocarlo, pero no puede. Es como si le hubieran lanzado un hechizo de inmovilidad.

- Ha pasado mucho tiempo – dice cuando se acerca a ella.

El hombre, que no parece superar los treinta años, viste de camiseta negra, jeans y botas de cuero. Respira profundamente y el movimiento sólo consigue destacar sus pectorales tan marcados. Enfoca la atención en la mujer y la escrudiña. Estudia su rostro, su cuello delgado, sus clavículas, las deliciosas curvas de su anatomía, pero por sobre todas cosas se pierde en sus maravillosos ojos color de ámbar, que resplandecen como el fuego de dos cometas. Su olfato sobrenatural le permitió sentir esa esencia a rosas frescas desde muchísimo antes de aproximarse a ella; pero ahora está tan cerca que sus fosas nasales se llenan de su aroma, y experimenta una mezcla de sensaciones que creía olvidadas ya: serenidad, templanza, quietud, pero también deseo. Mucho, muchísimo deseo. Carnal, lascivo, erótico, pero hay algo más. Un búsqueda en el pozo del infinito. Recuerdos…



El tiempo, la distancia y el encanto de tu amor

Los nahuales, cambiantes o cambia formas, existen. Son agentes dedicados a cuidar del alma de personas que destacan por algún rasgo especial (su genio, su alma, su sufrimiento). Medea y Dominick son nahuales y ex pareja… ¡Y hace 50 años que no se hablan! Pero ahora tienen una nueva misión conjunta. Claro, mientras solucionan sus diferencias como ex amantes: lograr que se enamoren Yorch Rae, un apuesto y estupendo veterinario que adora su trabajo, pero que sólo busca sexo ocasional; y Esther García, una guapísima, curvy, sexy y talentosa actuaria que no tiene el menor interés en una relación formal. ¿Lo conseguirán?

Esta novela de romance sobrenatural es un spin up de *La chica de los gatos y el ogro de la torre*; pero esta vez podrás descubrir la historia de la única, la magnánima, la etérea Vaquita, más bien Medea, una agente nahual encubierta como gata para cumplir una misión. Sólo que ahora deberá trabajar con su ex, Dominick (o Domingo, nahual canino del famoso compositor mexicano Mauricio De La Fuente)… ¿Te animas a conocerla? Quizás comiences a mirar a tu mascota de un modo diferente ;)

Antes de irte

Muchas gracias por darme esta oportunidad de leerme. Muchísimas gracias por tu valioso tiempo. Si te gustó esta novela, por favor, regálame tu valoración, es muy importante para mí. Si quieres conocer más de mi trabajo, me encuentras como R. Cortés en Facebook.

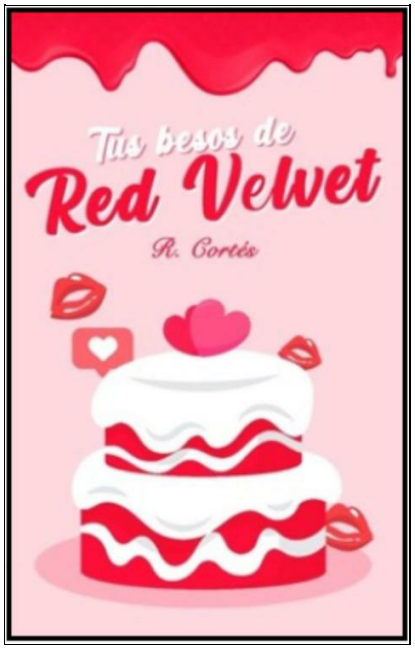
También te invito a leer mis otros trabajos, aquí en Amazon.



¿Whisky, Tequila o cerveza?



Dolorosamente… Mauricio



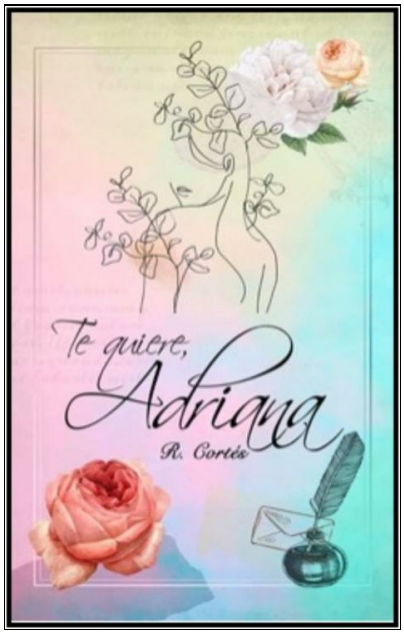
Tus besos de red velvet



La chica de los gatos
y el ogro de la torre



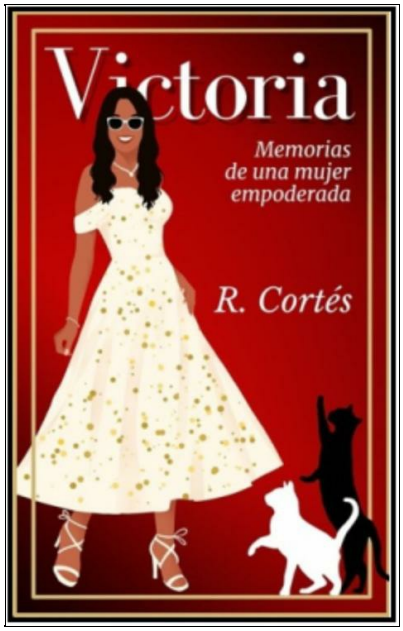
La historia de amor que no escribí



Te quiere, Adriana



Veneno: la manzana de Adán



Victoria: Memorias de una mujer empoderada

Contenido

SINOPSIS

ANTES DE COMENZAR

LA INVITACIÓN

UN SITIO MUY ESPECIAL

IRREAL

LA COFRADÍA

DURANTE MILENIOS

UNA CARNADA

LAS CANCIONES MÁS CURSIS

GRACIAS

EL TIEMPO, LA DISTANCIA Y EL ENCANTO DE TU AMOR

ANTES DE IRTE

---

[1] De la mitología maya, la Xtabay es una leyenda local sobre una mujer hermosa de cabello largo, que castiga a los hombres infieles y alcohólicos.

[2] Extracto de *Yo soy el aventurero*, de Paco Michel.

[3] Conoce la historia de Mauricio De La Fuente en *Dolorosamente… Mauricio*, por Amazon.

[4] Puedes saber más de estas dos celebridades en *Tus besos de red velvet*, y *Victoria: memorias de una mujer empoderada*, por Amazon.

[5] Extracto de *Será que no me amas*, de David John Rich, Hans Kampschroer, Juan Carlos Calderon, Michael Jackson, Thomas Meyer y Elmar Krohn.

[6] Extracto de *Peor para el sol*, de Joaquín Sabina.

[7] Extracto de *19 días y 500 noches*, de Joaquín Sabina.

[8] Extracto de *Medias negras*, de Joaquín Sabina.

[9] Extracto de *Misteriosa mujer*, de Adrián Barilari.

[10] Extracto de *La llorona*, canción popular mexicana de autor desconocido.

[11] Extracto de *La llorona*, canción popular mexicana de autor desconocido.

[12] Extracto de *Yo soy el aventurero*, de Paco Michel.

[13] *Nahual*, del náhuatl, significa vestidura, oculto o disfraz. En las creencias de diferentes culturas de Mesoamérica, los nahuales son una especie de brujos que tienen la capacidad supernatural de cambiar de su forma humana a alguna forma animal. Son llamados *nahuales o skin walker* en las tradiciones mexicana y norteamericana, respectivamente. *Shapeshifter*, cambiantes, o cambia formas, en distintas culturas europeas.

[14] Extracto de *O quizás simplemente le regale una rosa*, de Leonardo Favio.

[15] Conoce más sobre el jeque Adam Jaziri en *Veneno: la manzana de Adán.*

[16] Extracto de *Anny*, de Leonardo Favio.

[17] Conoce la historia de Kathy y Xavier en *La chica de los gatos y el ogro de la torre*. Se trata de una novela corta y la encuentras en Amazon, como todas mis novelas. Es la primera aparición de Medea, mejor conocida como Vaquita.